

CUADERNOS

historia 16

La Enciclopedia

J. P. Guicciardi, D. Roche, A. Lafuente y J. L. Peset



3

125 ptas

CUADERNOS

historia 16

1: Los Fenicios • 2: La Guerra Civil española • 3: La Enciclopedia • 4: El reino nazarí de Granada • 5: Flandes contra Felipe II • 6: Micenas • 7: La Mesta • 8: La Desamortización • 9: La Reforma protestante • 10: España y la OTAN • 11: Los orígenes de Cataluña • 12: Roma contra Cartago • 13: La España de Alfonso X • 14: Esparta • 15: La Revolución rusa • 16: Los Mayas • 17: La peste negra • 18: El nacimiento del castellano • 19: Prusia y los orígenes de Alemania • 20: Los celtas en España • 21: El nacimiento del Islam • 22: La II República Española • 23: Los Sumerios • 24: Las Comunidades • 25: Los Omeyas • 26: Numancia contra Roma • 27: Los Aztecas • 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII • 29: Los Abbasíes • 30: El desastre del 98 • 31: Alejandro Magno • 32: La conquista de México • 33: El Islam, siglos XI-XIII • 34: El boom económico español • 35: La I Guerra Mundial (1) • 36: La I Guerra Mundial (2) • 37: El Mercado Común • 38: Los judíos en la España medieval • 39: El reparto de África • 40: Tartesos • 41: La disgregación del Islam • 42: Los Iberos • 43: El nacimiento de Italia • 44: Arte y cultura de la Ilustración española • 45: Los Asirios • 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo • 47: El nacimiento del Estado de Israel • 48: Las Germanías • 49: Los Incas • 50: La Guerra Fría • 51: Las Cortes Medievales • 52: La conquista del Perú • 53: Jaime I y su época • 54: Los Etruscos • 55: La Revolución Mexicana • 56: La cultura española del Siglo de Oro • 57: Hitler al poder • 58: Las guerras cántabras • 59: Los orígenes del monacato • 60: Antonio Pérez • 61: Los Hititas • 62: Don Juan Manuel y su época • 63: Simón Bolívar • 64: La regencia de María Cristina • 65: La Segunda Guerra Mundial (1) • 66: Las herejías medievales • 67: Economía y sociedad en la España del siglo XVIII • 68: El reinado de Alfonso XII • 69: La Segunda Guerra Mundial (2) • 70: El nacimiento de Andalucía • 71: Los Olmecas • 72: La caída del Imperio Romano • 73: La Segunda Guerra Mundial (y 3) • 74: Las Internacionales Obreras • 75: Esplendor del Imperio Antiguo de Egipto • 76: Los concilios medievales • 77: Arte y cultura de la Ilustración en España • 78: Apocalipsis nuclear • 79: La conquista de Canarias • 80: La religión romana • 81: El Estado español en el Siglo de Oro • 82: El «crack» del 29 • 83: La conquista de Toledo • 84: La sociedad colonial en América Latina • 85: El Camino de Santiago • 86: La Guerra de los Treinta Años • 87: El nacionalismo catalán • 88: Las conferencias de paz y la creación de la ONU • 89: El Trienio Liberal • 90: El despertar de África • 91: El nacionalismo vasco • 92: La España del Greco • 93: Los payeses de remensa • 94: La independencia del mundo árabe • 95: La España de Recaredo • 96: Colonialismo e imperialismo • 97: La España de Carlos V • 98: El Tercer Mundo y el problema del petróleo • 99: La España de Alfonso XIII • 100: Las crisis del año 68.

historia¹⁶

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.

DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.

DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.

DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.

REDACTOR JEFE: Javier Villalba.

REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.

CONFECION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del Grupo 16.

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléf. 407 27 00.

DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.

PUBLICIDAD MADRID: María del Carmen Nieto. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 228 84 01, 228 47 03 ó 218 50 16.

Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.

IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.

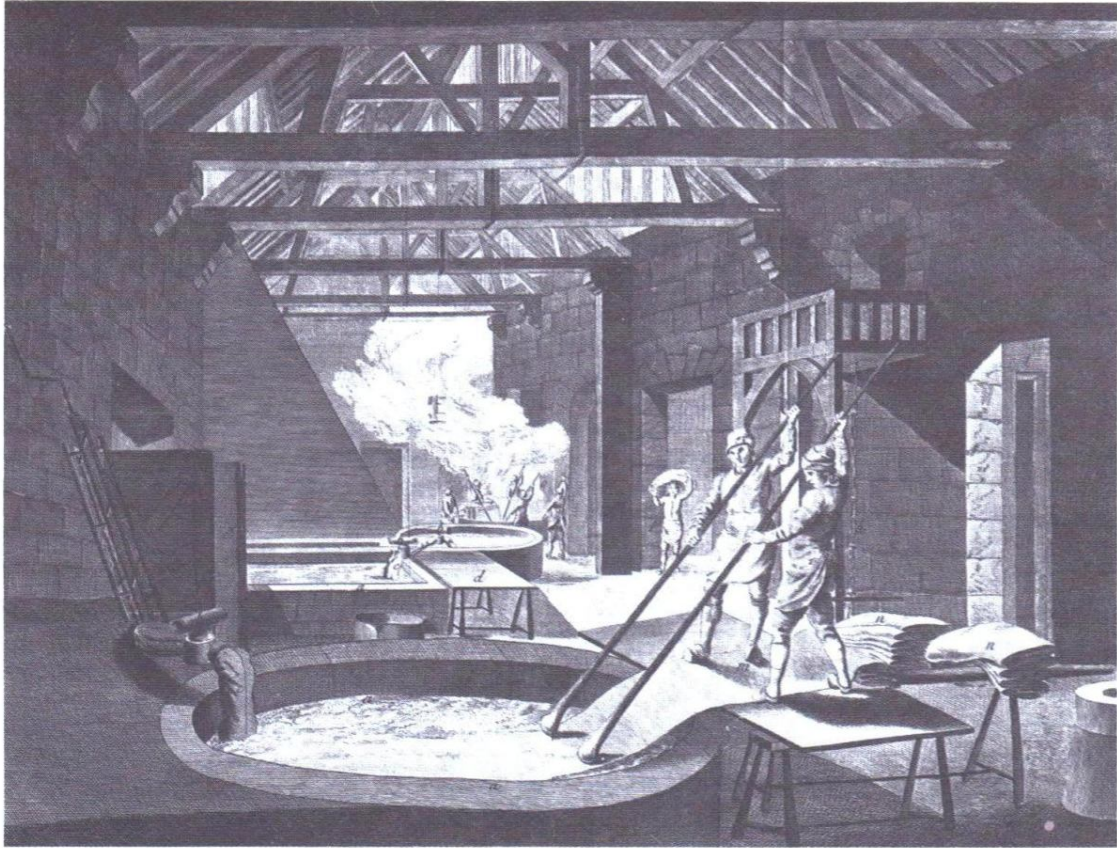
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

ISBN 84-85229-76-2, obra completa.

ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.

ISBN 84-85229-78-9, tomo I.

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Taller de tintoreros de tapices en un grabado de la Enciclopedia

Indice

LA ENCICLOPEDIA

La aventura de la Enciclopedia

Por Jean Pierre Guicciardi 4
 Catedrático de la Universidad de París, VII

¿Hacen la revolución los libros?

Por Daniel Roche 13
 Universidad de París, I (Panteón Sorbona)

Método, educación y felicidad pública

Por Antonio Lafuente 21
 Profesor de la Universidad Complutense
 y José Luis Peset
 Investigador Científico del C.S.I.C.

Bibliografía 27

Obra cumbre de la Ilustración 28

Protagonistas de la Enciclopedia ... 30

La aventura de la Enciclopedia

Por Jean Pierre Guicciardi

Catedrático de la Universidad de París, VII

A finales del mes de octubre de 1750 se publicó en París, con una tirada de 8.000 ejemplares, un *Prospecto* de Denis Diderot, en el que brindaba a sus lectores algo bastante nuevo en la época, una suscripción en ayuda de un sindicato de *libreros*, es decir, de editores, para que pudiesen publicar una «*Enciclopedia* o Diccionario razonado de las ciencias, artes y oficios, compilación de los mejores autores y, especialmente, de los diccionarios ingleses de Chambers, Harris, Dyche, etcétera». Según Diderot, los libreros pretendían *formar un cuadro general de los esfuerzos del espíritu humano en todos los géneros y en todos los siglos; presentar esos objetos con claridad; dar a cada uno de ellos la extensión conveniente*. Plan ambicioso que no ocultaba su propósito de superar anteriores intentos análogos: si la *Cyclopaedia* de Efraín Chambers constaba de dos tomos, Diderot prometía una de ocho volúmenes de texto y dos de láminas, a un precio de 280 libras, cifra importante, pues, como se verá, equivalía a dos meses de sueldo del director.

Pese a lo cual, cuando el 28 de junio de 1751 salió el primer tomo de la imprenta, con una tirada de 2.050 ejemplares, ya se contaba con un millar de suscriptores. Aventura intelectual de primer rango y operación comercial arriesgada, varios años de preparación precedían a esta empresa, que se prolongaría durante veinte años, tras peripecias y altibajos folletinescos.

Mas antes de revivir su historia, conviene saber quiénes estaban comprometidos con ella, a qué medio sociocultural pertenecían y sobre qué bases ideológicas y científicas construían su edificio... Para ello, habrá que trazar algunas semblanzas y retroceder en el tiempo.

«Unos contemporáneos en el siglo de Luis XIV»

A mediados del Siglo de las Luces, el espíritu enciclopédico no constituye novedad y Diderot, en el artículo *Encyclopédie*, rinde homenaje a cuantos de un modo u otro han abierto camino a su obra: Bacon, en primer término, y, después, Charles Perrault, Fontenelle, Bayle, con su *Diccionario histórico y crítico*, y muchos más.

Si hubiéramos de mencionar antecedentes directos de la *Enciclopedia*, ocuparía el primer puesto la *Historia critica philosophiae* (Leipzig,

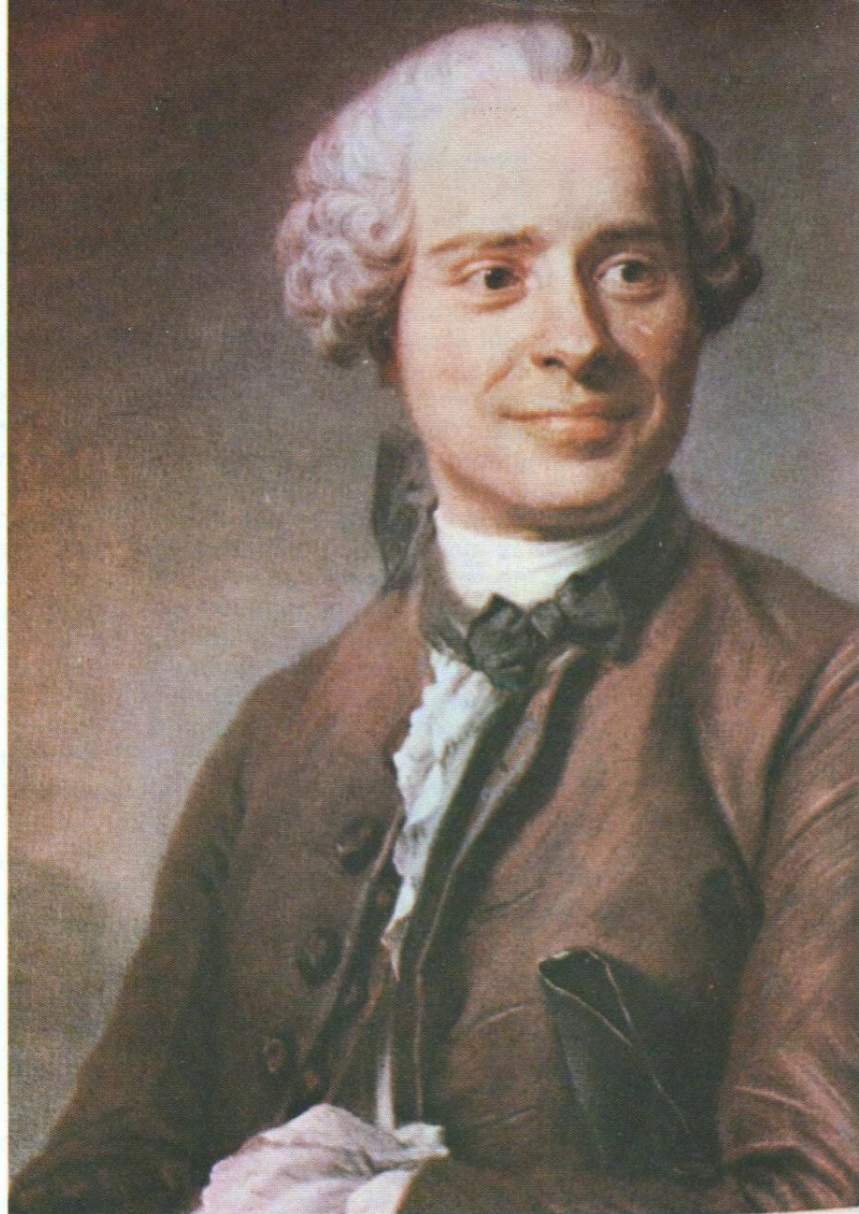
cinco volúmenes, 1742-1744) del pastor protestante Johann Jacob Brucker; basada en una erudición imponente y en el obstinado ejercicio de la razón, inspiró a Diderot muchos artículos de historia de la filosofía. También habría que citar las *Memorias de la Academia de Ciencias*: desde 1666, y regularmente a partir de 1702, se habían publicado gruesos volúmenes transcribiendo los trabajos de los académicos, bien textualmente, cuando se juzgaba digno de ello, o en resúmenes realizados por Fontenelle, un admirable divulgador al que Colbert, a raíz de la fundación de la Academia, encargó una encuesta sobre los diversos medios de fabricación, ya que el ministro de Luis XIV deseaba fomentar en Francia una artesanía de lujo y exportar productos terminados de gran calidad a cambio de divisas, práctica económica que luego se calificaría de *mercantilista*.

Así, y gracias a los esfuerzos del abate Bignon, fueron acumulándose en la biblioteca del Instituto láminas y descripciones del *telar de medias*, de la *imprenta*, del *grabado en madera*, de la *cerrajería*, de la *fragua de anclas*, del *curtido*... Desde 1711, el gran físico y naturalista Réaumur prosiguió la encuesta y la aceleró, de forma que, hacia 1745-1746, disponía la Academia de numerosos documentos, descripciones técnicas, secretos de fabricación y planos de máquinas, inéditos en su mayoría, tesoro codiciadísimo por libreros audaces y no demasiado escrupulosos en materia de propiedad intelectual sobre la que la legislación al respecto era prácticamente inexistente.

Existía, desde luego, un público ávido de tales descripciones, y muchas obras, hoy olvidadas, aparecieron a lo largo del siglo XVII para satisfacer esta ansiedad. Se llamaban *Teatros de máquinas* y eran tratados técnicos de vulgarización científica, como *El arte de los metales*, de Álvaro Barba (1640), que inauguraba un método, muy seguido después en la *Enciclopedia*: una sola lámina mostraba, por ejemplo, las diferentes fases del tratamiento del mineral de hierro y la exposición que acompañaba a la ilustración era tan clara y rigurosa, que hasta un lego podía comprender lo que entonces se consideraba reservado a los especialistas. Las obras más conocidas eran: *Teatro del arte del carpintero*, de Maturin Jousse (1627); *Arte de tornejar*, del padre Plumier (1701); *Vitruvio abreviado*, de Claude Perrault (1674); *Tratado de las maderas*, de Claude Caron (1676), y *Opera*



Denis Diderot (Biblioteca Nacional, París)



*Jean-le-Rond d'Alembert
(por Quentin-Latour,
Museo del Louvre, París)*

*Voltaire con el abate Maney, Diderot,
D'Alembert, Condorcet y, de espaldas,
el padre La Harpe (grabado de Aubert,
Biblioteca Nacional, París)*



Philosophica et mineralia, de Swedenborg (1734).

De ellas extrajeron los colaboradores de Diderot análisis, descripciones y esquemas, y a ellas debe reconocimiento la Enciclopedia, al igual que a los diccionarios ingleses citados por el mismo Diderot. La *Cyclopaedia* de Chambers, reeditada cinco veces entre 1728 y 1742, participaba del amplio movimiento de la élite intelectual en favor de lo concreto, lo real, la expansión comercial y las fabricaciones de cualquier clase. Tal era la expansión económica de Inglaterra y Francia a principios del siglo XVIII, que resultaban sumamente útiles las descripciones de artes, ciencias y oficios.

Pero estas obras dejan insatisfechos a los lectores porque no eran completas ni detalladas: ni Dyche, ni Harris, ni el más exhaustivo Chambers, ni el *Diccionario de las artes y las ciencias* de Thomas Corneille, reeditado por Fontenelle en 1732; acaso sólo el *Diccionario Universal de comercio, de historia natural y de las artes y oficios*, de J. Savary-Desbrulons (1723), se acercaba por sus descripciones al ideal enciclopédico, pero únicamente abarcaba lo contenido en su título. Quedaba, pues, un hueco que rellenaría el librero Le Breton, especialista en publicar traducciones de obras inglesas.

«Hasta ahora nadie había concebido una obra tan grande»

El proyecto inicial, tal como lo planifica Le Breton en 1745, consiste en traducir, simple y llanamente, la *Cyclopaedia* de Chambers, pero tras unas negociaciones y rupturas de las que no se sabe mucho, poco a poco se transforma el primitivo propósito y se amplía. Deseoso de diversificar los riesgos comerciales de la operación, Le Breton se asocia con tres librerías, Briasson, David y Durand, que habían editado el *Diccionario de medicina* de James (1745-1748). John Mills y el abate Du Gua de Malves, primeros directores de la Enciclopedia, la abandonan, quizá a regañadientes, y el 16 de octubre de 1747, Diderot y D'Alembert reciben oficialmente el encargo de realizar una *descripción de las ciencias y de las artes* que no guarda mucha relación con el proyecto de principio.

Básica, por supuesto, sigue siendo la adaptación —ya redactada— de la obra de Chambers. Pero, como escribe Diderot, *la traducción entera de Chambers nos pasó delante de los ojos y hemos encontrado una multitud de cosas en falta en las ciencias; una palabra donde se necesitaban páginas en las artes liberales y todo por suplir en las artes mecánicas* (Prospecto).

Errores que enderezar, insuficiencias y olvidos que colmar, la tarea de los editores se

presenta larga y difícil y todavía más si, por complacer al público, hay que tratar a fondo lo más desconocido, las artes mecánicas. Las liberales (pintura, escultura, etcétera), ya habían sido objeto de muchos estudios y Diderot protesta por la preeminencia que siempre se les ha otorgado; como si las artes mecánicas no fueran más *útiles* al hombre y a la sociedad y, por tanto, capaces de contribuir al progreso de ésta y a la felicidad de aquél...

La ambición totalizadora de los autores y la nueva dimensión dada a la obra, representan un enorme esfuerzo de documentación y de síntesis, y si todos los conocimientos se relacionan entre sí, evidentemente no pueden ser dominados por unos cuantos individuos aislados. Así, la Enciclopedia se convierte en empresa colectiva. Existía ya una, el *Grosses vollständiges Universal Lexikon aller Wissenschaften und Künste*, 64 volúmenes publicados por J. H. Zedler en Halle y Leipzig entre 1732 y 1750. Pero cuando Diderot redactó su *Prospecto* desconocía su existencia: tenía que inventarlo todo.

«Nos hemos dirigido a un número suficiente de sabios y artistas»

Sólo en la práctica pudieron comprobar Briasson, David y Durand la actitud de Diderot para dirigir un equipo y llevar a cabo una operación de semejante envergadura. Hasta 1747, los contactos de Diderot con el mundo editorial se circunscribían a oscuros trabajos de traducción; era un anónimo profesor de clases particulares mal pagadas, que daba sablazos a los amigos y a quien su madre enviaba dinero a espaldas de su padre. Sus primeras obras, *Pensamientos filosóficos*, *Joyas indiscretas...*, le han permitido tirar unos meses; las traducciones, apenas algo más...

El contrato que firma con los librerías en 1747 le aseguran una renta mensual de 144 libras, algo irrisorio para la época, pero, al menos, la garantía de no morir de hambre durante unos años. Tras laboriosos esfuerzos y penosos trámites, Diderot, que se aburguesa progresivamente a partir del nacimiento de su hija Angélica (1753), conseguirá que le paguen más: desde el 1 de enero de 1751 percibe 500 libras al trimestre, o sea, 2.000 anuales, todavía muy poco si se piensa que Turgot estima como *decente* un ingreso anual de 6.000 libras. Cuatro años después ya ganaba 2.500 libras por volumen publicado y la seguridad de que, una vez terminada la Enciclopedia recibirá una renta vitalicia de 1.000 libras al año. Por fin, en 1759, y aunque la empresa quede interrumpida, cobra el capital correspondiente (20.000 libras) a la renta prometida. Comparado a la suntuosa fortuna de Voltaire, la de Diderot es insignificante, pero la Enciclopedia le proporcionará un discreto tren de vida.

ENCYCLOPÉDIE,
OU
**DICTIONNAIRE RAISONNÉ
DES SCIENCES,
DES ARTS ET DES MÉTIERS,**

RECUEILLI
DES MEILLEURS AUTEURS
ET PARTICULIÈREMENT
DES DICTIONNAIRES ANGLAIS
DE CHAMBERS, D'HARRIS, DE DYCHE, &c.
PAR UNE SOCIÉTÉ DE GENS DE LETTRES.

Mis en ordre & publié par M. DIDEROT; & quant à la PARTIE MATHÉMATIQUE,
par M. D'ALEMBERT, de l'Académie Royale des Sciences de Paris
& de l'Académie Royale de Berlin.

*Tantum series juncturaque pollet,
Tantum de medio sumptis accedit honoris!* HORAT.

DIX VOLUMES IN-FOLIO,
DONT DEUX DE PLANCHES EN TAILLE-DOUCE.

PROPOSÉS PAR SOUSCRIPTION.



A PARIS, Chez
BRIASSON, rue Saint Jacques, à la Science.
DAVID l'ainé, rue Saint Jacques, à la Plume d'Or.
LE BRETON, Imprimeur ordinaire de Paris, rue de la Harpe.
DURAND, rue Saint Jacques, à Saint Landry.

M. DCC. LI.

AVEC APPROBATION ET PRIVILEGE DU ROI



Jean-Jacques Rousseau
(Museo Carnavalet, París)

Portada de la primera
edición de Enciclopedia,
aparecida en 1751

D'Alembert, en cambio, ya es célebre en toda Europa en el año 1747. Niño expósito, aunque todo el mundo sabe que es hijo de madame de Tencin, estudia con brillantez y se convierte en uno de los mejores matemáticos de la época; equiparado a Clairaut y Euler, gracias a sus descubrimientos en mecánica, ingresa como miembro adjunto en la Academia de Ciencias en 1741, a sus veinticuatro años. D'Alembert redactará el *Discurso preliminar* que abre el primer tomo de la Enciclopedia y se encargará de supervisar la parte científica del Diccionario. Quizá los libreros quisieron que su firma avalase una obra que por sus principios, tan heterogéneos, aparecía como poco prometedor.

Para formar un equipo, completar el *Chambers* y preparar la materia de la Enciclopedia, en especial, la novísima descripción de artes y oficios, es decisiva la colaboración de muchos obreros, artesanos y técnicos, como manifiesta Diderot: *Nos hemos dirigido a los más hábiles de París y del reino. Nos hemos preocupado de ir a los talleres, hacerles preguntas, escribir a su dictado, desarrollar sus pensamientos, obtener los términos propios de su profesión, establecer cuadros, definirlos, conversar con los que nos suministraron memorias y (...)*

rectificar en largas y reiteradas charlas con unos, lo que otros explicaron imperfecta, oscura y, a veces, incorrectamente.

Esta tarea de *parto* del pensamiento y del trabajo ajeno, no la lleva en solitario Diderot: recurre a un dibujante de su confianza, Gousier, y a especialistas de los distintos cuerpos de oficios que sería prolijo enumerar aquí. Debe subrayarse también que muchas descripciones técnicas no se sacan del natural, a partir de 1747, sino de las láminas realizadas para la Academia de Ciencias bajo la dirección de Réaumur y que los libreros poseían en cantidad, semiplagio que acarreará serias dificultades a los enciclopedistas.

En los años de preparación, 1747-1751, Diderot y D'Alembert reciben ayuda de unos cincuenta colaboradores: el historiador y filósofo protestante Forney, miembro de la Academia Real de Prusia, había comenzado un diccionario filosófico en 1742, y al confiárselo a los libreros, se integra en la obra común. También se llama a amigos de los directores: D'Alembert recurre a naturalistas y químicos y a sus colegas matemáticos de la Academia. Algunos participantes son famosos, como Daubenton, Malouin y La Chapelle; otros, amigos de Diderot, todavía son desconocidos,

como Jean Jacques Rousseau, encargado de la parte musical del Diccionario, o Toussaint, un polígrafo que colaboró en la traducción del *James*. Cabe anotar, en fin, en el equipo, la presencia de eclesiásticos inconformistas, entre ellos los abates Pestré, Yvon y De Prades, ocupados principalmente en la historia de la filosofía.

De colaboraciones tan dispares, podía resultar un concierto discordante y, de hecho, algunos artículos se contradicen; unos, en filosofía, religión o economía, parten de una perspectiva muy tradicional; otros, se revelan extremadamente audaces... Diderot y D'Alembert procuraron dar a sus autores máxima libertad de expresión, y quizá sea este diálogo permanente lo que hace de la Enciclopedia algo tan vivo: el sistema de llamadas permite ir de un pensamiento a otro y que el lector se forje una opinión fundada de la diversidad de puntos de vista. Factor unificador, sin embargo, lo constituye la abrumadora labor de Diderot que, como director de la obra, redacta numerosos artículos de compilación no tratados por los especialistas. La mente libre y abierta de quien se suele llamar ya *el filósofo*, aprovecha el menor resquicio para replantear las cuestiones del saber, de la reflexión y de las tradiciones y hacer progresar la Filosofía de la Luces de la que piensa y espera que ayudará un día a cambiar el mundo.

Al primitivo núcleo de colaboradores se añaden nuevos científicos, técnicos o, sencillamente, hombres de buena voluntad. A partir del tomo segundo, se cita a Buffon entre los futuros autores, sin que pueda saberse si llegó a suministrar artículos. En el tomo tercero se anuncian las participaciones del famoso explorador La Condamine, del escritor y autor dramático Marmontel, del erudito historiador Lenglet-Dufresnoy y de médicos como Venel, D'Aumont, Bouillet y, sobre todo, Bordeu y Barbeau du Bourg. En el tomo cuarto, Diderot cita a Turgot, el futuro ministro de Luis XVI, y a Duclos, el gran historiador de Francia. Pero, ¿a qué seguir? Coinciden en la Enciclopedia las máximas figuras del siglo: si Montesquieu falleció después de haber escrito textos de escasa importancia, Voltaire, el presidente De Brosses, Quesnay, el conde de Tressan, Morellet, Saint-Lambert, Tronchin, Fenouillot de Falbaire..., en uno u otro momento, enviaron escritos a Diderot para participar en la empresa común que, todos lo presentían, iba a marcar el siglo. Pero, entre todos ellos, hay que situar en lugar preferente al caballero de Jaucourt, un médico, discípulo de Boerhaave, que ayuda a Diderot en el trabajo de compilador a partir del tercer tomo.

Sociológicamente, el grupo de enciclopedistas es, a la vez, homogéneo y diverso. Esencialmente, son unos *burgueses*, pero esta adscripción puede inducir al error de borrar diferencias económicas, sociales o culturales.

Grandes próceres colaboraron en la obra, pero no como tales; si se les concedió la palabra, fue por su competencia en un campo determinado. Muchos médicos, científicos, profesionales y técnicos, ejercían en el campo de las actividades *liberales*, la mayoría de ellos eran acomodados y vivían de la renta patrimonial (recordemos, sin embargo, que Rousseau subsistió al final de su vida copiando música). No hay obreros, es cierto, mas sí gente como Barrat, Douet, Fournier y Mallet, trabajadores altamente calificados en las artes mecánicas. Pocos hombres de negocios, pocos *oficiales* (titulares de oficios o *funcionarios*), ningún militar y muchos *industriales*, empresarios y pequeños terratenientes. De 140 enciclopedistas censados e identificados (muchos más permanecen en el anonimato), 45 pertenecen a academias de París, resto de Francia o el extranjero. Muchos están próximos al aparato estatal y, de una manera u otra, poseen parcelas de poder, lo que explica el feliz éxito de la empresa, pese a los obstáculos surgidos.

El sonido y la furia

Es la historia de la Enciclopedia un relato de sonido y de furia. La primera alerta surgió ya antes de la publicación del primer tomo: el 24 de julio de 1749, Diderot es detenido y encarcelado en el castillo de Vincennes: su *Carta sobre los ciegos para uso de los que ven*, acabada de publicar, revela un materialismo insoportable para las autoridades. Surge entonces un fenómeno que volverá a repetirse: los libreros corren en su ayuda y se comprende por qué.

En una carta al conde de Argenson, fechada el mismo día de la detención, Le Breton, Briasson, David y Durand hacen valer la baza económica que representa la libertad de su empleo: *esta obra, que nos costará por lo menos 250.000 libras y por la que ya hemos adelantado cerca de 80.000 libras, estaba a punto de anunciarse al público. La detención del señor Diderot, el único hombre de letras capaz, a nuestro juicio, de tan gran empresa y el único que posee la llave de esta operación, puede acarrear nuestra ruina*. Siguen a ésta otras cartas al teniente de policía Berryer y, de nuevo, a Argenson, ministro de Justicia, secretario de Estado de Guerra, encargado de la administración de París y de las relaciones con los hombres de letras. Consciente de la magnitud de la catástrofe, el propio Diderot se retracta y sale de la cárcel el 3 de noviembre de 1749, después de ciento dos días de cautiverio que ha soportado muy mal. La indulgencia de Argenson determinó, seguramente, el fin de su encierro y no en balde el primer tomo de la Enciclopedia lleva una dedicatoria muy halagüeña para él.

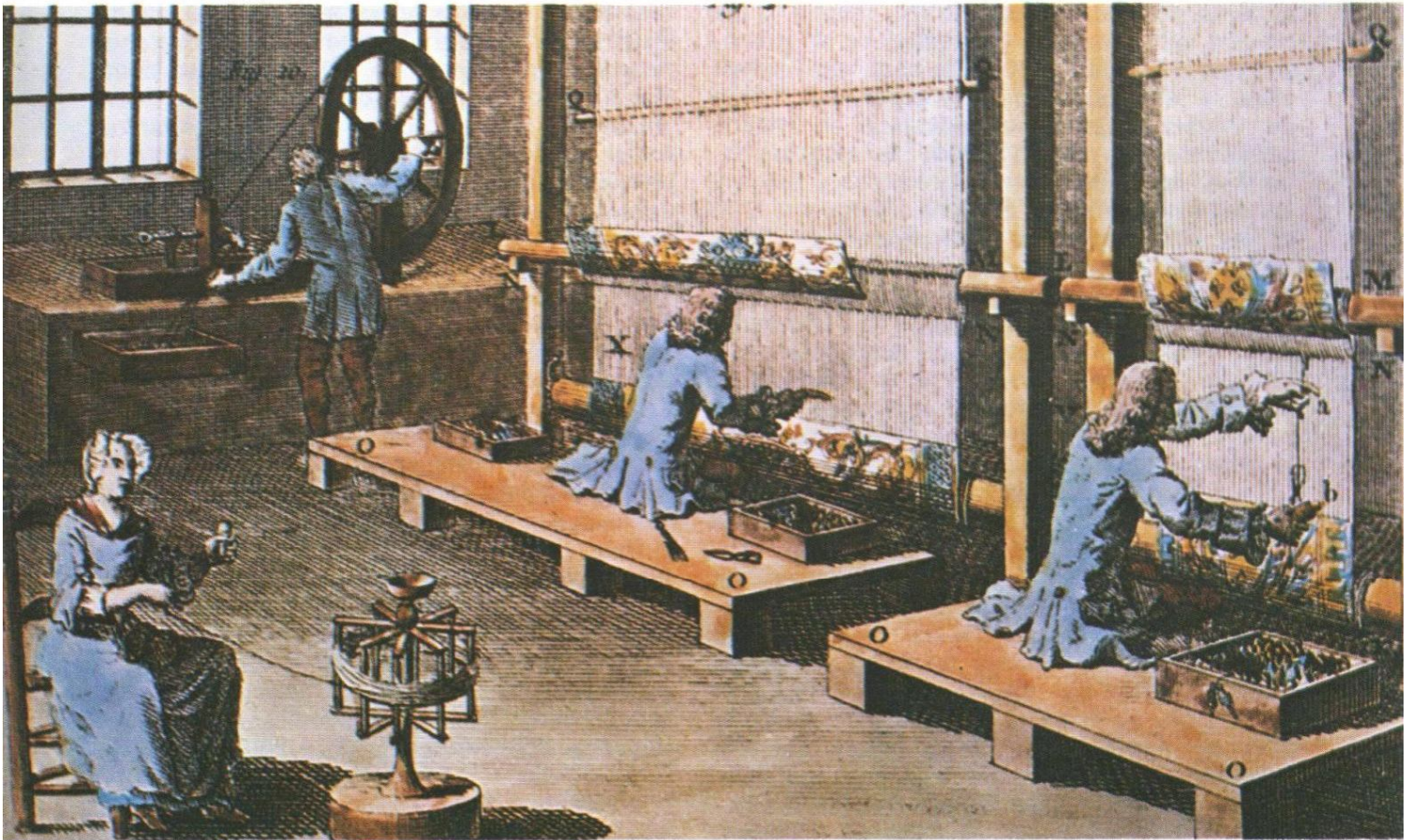


María Teresa de Austria



Marquesa de Pompadour
(por Quentin-Latour,
Museo del Louvre, París)

Telares de la Savonnerie
(Biblioteca Nacional, París)



La publicación del *Prospecto* suscita igualmente una polémica con los jesuitas. Si desde la primera elaboración del proyecto en 1745, éstos se felicitaron en su órgano de prensa *Journal de Trévoux* por ese intento de hacer progresar el saber y poner a disposición del público la obra de Chambers, el *Prospecto* será atacado por el padre Berthier acusando a Diderot de haber copiado de Bacon su *árbol de*

los conocimientos humanos. La discusión fue violenta a veces y tuvo el mérito de atraer la atención del público sobre la obra; así, a los 1.000 suscriptores de la Enciclopedia del mes de abril de 1751, se añadían 400 en los tres meses siguientes.

Para entender lo que ocurrió después, conviene recordar que la edición en la Francia del antiguo régimen no era libre: había que ob-

tener un permiso o privilegio de las autoridades. La Enciclopedia lo obtuvo el 30 de abril de 1748. Mas he aquí que los lectores del primer tomo observaron que algunos artículos en defensa de la libertad de expresión, por ejemplo, obviaban las tradiciones religiosas, atacaban los fundamentos de la autoridad política y trataban con ligereza la moral, la filosofía y la ideología oficiales. Desde ese momento, el *Journal de Trévoux* emprendió una campaña de prensa contra Diderot, D'Alembert y los abates Mallet e Yvon acusándoles de plagio y de pretender la muerte del cristianismo al abogar por un deísmo vago o por el materialismo.

Revocación del privilegio

A todo esto, la imprudencia de un enciclopedista proporciona a los jesuitas una baza de categoría. El 18 de noviembre de 1751, el abate de Prades defiende su tesis de doctorado en teología en la Sorbona, y al ser tan extensa la fama de los enciclopedistas, mucha gente conoce su trabajo y encuentra en él proposiciones heréticas. Estalla el escándalo, interviene la jerarquía religiosa y condena al abate de Prades. Este había redactado el artículo *certidumbre* del tomo segundo. Su lectura confirma a los jesuitas en sus temores y éstos y las autoridades de la Sorbona interceden ante el rey. Un edicto del 7 de febrero de 1752 señala: *Su Majestad ha reconocido que en esos dos volúmenes se insertan varias máximas encaminadas a destruir la autoridad regia, establecer el espíritu de independencia y rebeldía y, bajo términos oscuros y equívocos, a levantar los fundamentos del error, de la corrupción de costumbres, de la irreligión y de la incredulidad.*

Queda, en consecuencia, revocado el privilegio de los dos primeros tomos, y si la empresa continúa, será estrechamente vigilada. Pero la sanción fue menos catastrófica de lo que se pensó al principio: un decreto del Consejo expresa la voluntad personal del monarca y no inmiscuye en el asunto a los tribunales. Hoy parece claro que el canciller Lamoignon, su hijo Malesherbes, director de la *Librería*, Argenson y quizá otros ministros quisieron salvar la Enciclopedia. Los dos primeros tomos siguen despachándose clandestinamente y los libreros preparan el tercero y el cuarto, para los que prevén un aumento de la tirada porque los suscriptores afluyen por doquier atraídos, sin duda, por el escándalo. Los abates Prades, Yvon y Pestré dejan de colaborar y D'Alembert, escarmentado, decide atenerse en adelante a la parte matemática de la obra.

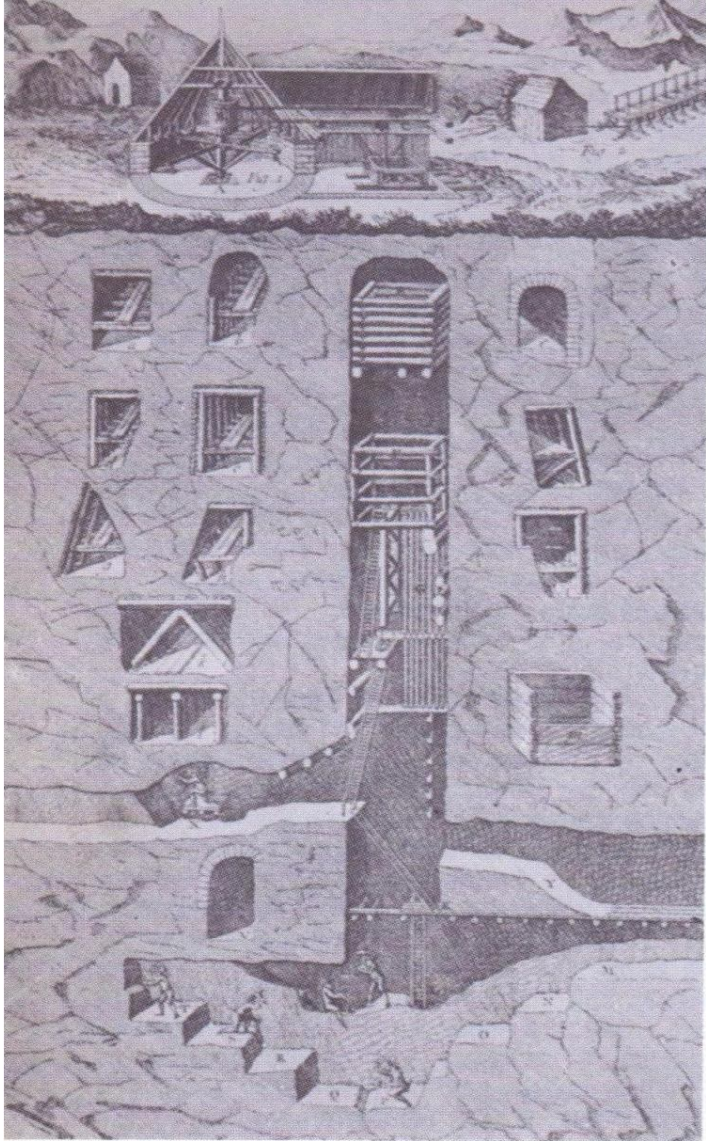
A partir de ahora, hay dos bandos perfectamente definidos en liza: por un lado, los jesuitas, las autoridades religiosas, el Delfín y

sus allegados y la ingente nómina del proletariado intelectual con aspiraciones, envidioso de ver los puestos copados por los enciclopedistas que dominan la Academia y que han conquistado honores y prebendas. Por otro lado, está parte de la Corte, la amante del rey madame de Pompadour, que odia a los jesuitas, Malesherbes, Lamoignon y los mejores escritores de la época. El Parlamento permanece a la expectativa, pero está mangoneado por los jansenistas; éstos, con un poder creciente, no vacilarán en condenar la obra para apuntarse un tanto contra el monarca: son, efectivamente, los parlamentarios los que luchan contra el absolutismo que les ha despojado, en su opinión, de sus prerrogativas.

En medio de polémicas de menor importancia, aparecen los tomos siguientes, hasta el sexto, y ya con una tirada de 4.200 ejemplares cada uno para tantos compradores. Pero el séptimo nace a finales de 1757, en un período revuelto: el 5 de enero de ese año, un perturbado, Damiens, ha herido a navajazos a Luis XV, y aunque se le ejecuta, el suceso conmociona Francia y provoca una represión del Parlamento contra la literatura *subversiva*. Además, escritores de uñas afiladas como Fréron, Moreau, Palissot y Chaumeix intensifican los ataques contra sus rivales *filósofos*. Es el momento en que se publica la obra de Helvetius *Del espíritu*, y se suscita un nuevo *affaire Prades*, aunque mucho más grave: el Consejo condena a Helvetius el 10 de agosto de 1758 y Diderot y Malesherbes no pueden impedir que el Parlamento decida examinar el caso de la Enciclopedia. Mas sus deliberaciones se prolongan y Malesherbes logra, el 8 de marzo de 1759, una nueva sentencia del Consejo por la que se prohíbe la distribución o reimpresión de la obra. La condena escapa *in extremis* del Parlamento, pero autores y libreros quedan constreñidos a una semiclandestinidad.

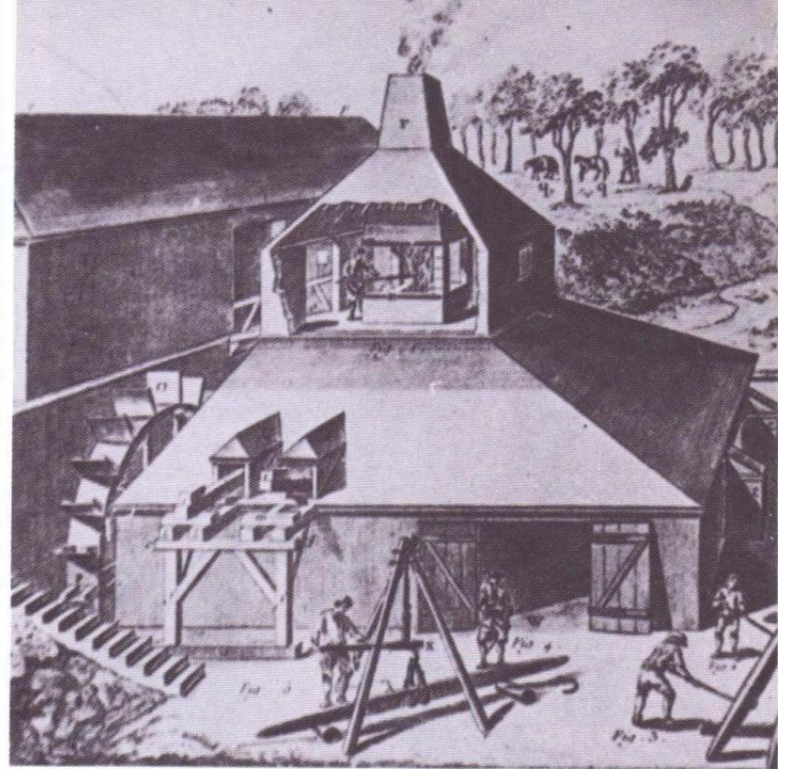
Para soslayar la prohibición, idean los editores publicar las láminas y recabar una nueva contribución de los compradores argumentando que el número de tomos se ha incrementado notablemente. Mas de nuevo estalla el escándalo: se le acusa a Diderot de saquear los grabados de la Academia de Ciencias reunidos por Réaumur. Simultáneamente, el Papa condena la Enciclopedia y Palissot representa con éxito su comedia sobre los *Filósofos* en la que ridiculiza a Helvetius, Diderot y Rousseau. Cansado de tantas querellas, D'Alembert arroja la toalla, y la empresa, que a fuerza de tantos golpes debía haber sucumbido, sale, por el contrario, indemne.

Diderot ordena realizar nuevas láminas que reemplacen a las de Réaumur y los libreros plantean claramente a Malesherbes la disyuntiva: o concede el poder una *autorización tácita* a la Enciclopedia (difusión de obras que no se promueven oficialmente) o ésta se im-

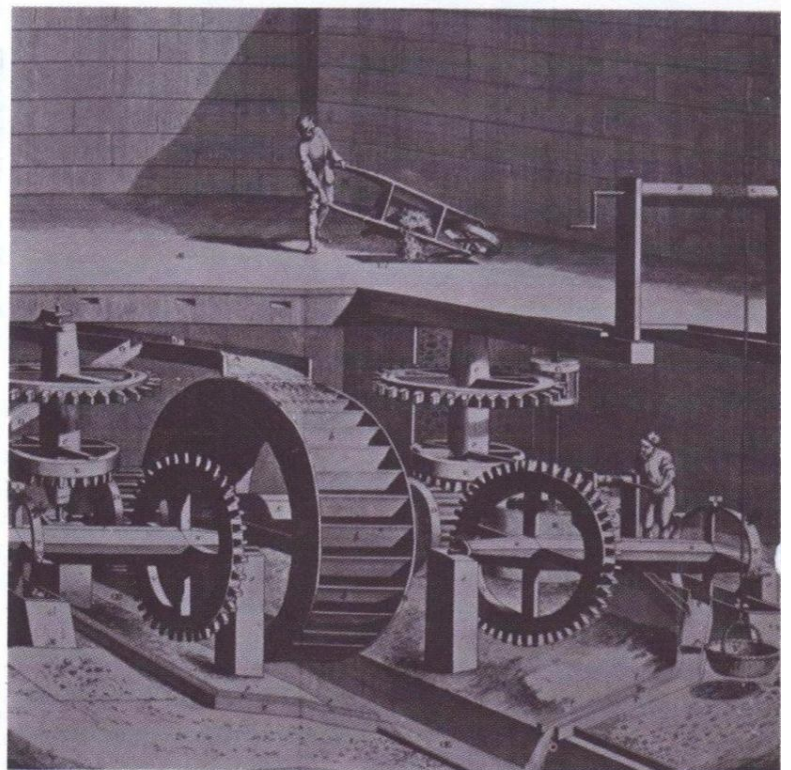


Corte de una mina, según grabado de la Enciclopedia

Fundición en un grabado de la Enciclopedia



Forjas y lavado de minerales, según grabado de la Enciclopedia



prime en el extranjero (Voltaire propone Suiza, y Catalina II, Riga). El poder termina accediendo: el primer tomo de láminas sale en 1762; los siguientes, en 1763, y los tomos XI y XII, en 1772. Por otra parte, si Lamoignon y Malesherbes caen, el nuevo director de la *Librería*, Sartine, es amigo de Diderot y no dejará de apoyarlo. A partir de entonces, la salvación está cerca: en enero de 1766, un librero de Neuchâtel, bajo cuyo nombre se esconden Le Breton, Briasson, David y Durand, anuncia la publicación simultánea de los 10 últimos tomos de textos. No hay dificultades en la distribución, salvo la que presenta un suscriptor, Luneau de

Boisjermain, disconforme por haber tenido que pagar más caro de lo previsto un número superior de volúmenes. Pero Luneau pierde el pleito en 1778. La Enciclopedia ha triunfado.

Las cifras del éxito

Hoy no resulta difícil averiguar las razones del éxito de la Enciclopedia. En primer término, por el valor de los diferentes colaboradores, la mayoría de las veces formando una piña y sustituyendo rápidamente, y a veces con ventaja, a quienes desertaban. En segundo



Caricatura sobre la prensa de la época en Francia

lugar, por la profunda división de sus rivales: los ataques del Parlamento obligaban al poder real a sostener una operación que disgustaba a los jansenistas y, por otra parte, cuando llegó el momento decisivo, los jesuitas perdieron influencia: expulsados de Portugal en 1759, confiscados sus bienes en Francia en 1762 y expulsados de ella en 1764, el *Journal de Trévoux* desapareció y, con él, la audiencia que tenían. En tercer lugar, por la activa protección de Malesherbes y de Sartine y por los lazos de relación entablados entre los enciclopedistas y los círculos de poder. Finalmente, hay que tener en cuenta la baza económica que la obra representaba.

Ya vimos que el éxito prosiguió sin tregua: de los 1.000 primeros suscriptores, se pasa al doble cuando el Decreto de 7 de febrero de 1752 que suprime los dos primeros tomos. Un año después, a la salida del tomo tercero, cada uno de estos tomos alcanza 4.225 ejemplares de tirada. A 4.000 suscriptores se llega en noviembre de 1757, y tras la inevitable inversión realizada en el período 1745-1751, ganancias y gastos se equilibran rápidamente; a finales de 1754, sólo cuatro tomos publicados, los gastos ascienden a 278.000 libras y los ingresos a 550.000 libras, por lo que el

beneficio es similar a la cantidad desembolsada. Este beneficio —el 100 por 100 en diez años— no deja de aumentar y así se explica que Malesherbes y Sartine acaben haciendo la vista gorda: perder tal mercado supondría una derrota económica. Voltaire dirá después que el negocio dio durante veinticinco años el dinero suficiente para que más de 1.000 obreros, grabadores e impresores, vivieran de él. Lo que quizá sea cierto.

El beneficio global de los librereros es de 3.500.000 libras por un desembolso de 1.158.958 libras. O sea, un beneficio de 2.400.000 libras, cantidad que cobra Le Breton en su mayor parte, como socio mayoritario. Se tiran, además, los ejemplares en su propia imprenta, lo que evidentemente supone una remuneración suplementaria. Al morir, deja una fortuna de 1.500.000 libras, algo propio de un banquero.

Se sabe cómo consiguió esas ganancias; a expensas de los autores, en primer término. Muchos trabajan por amor al arte. Diderot ha de negociar duramente sus cinco contratos y Jaucourt se arruina pagando a sus secretarios hasta el punto de verse obligado a vender su casa... ¡a Le Breton! Mas también los suscriptores contribuyen a la opulencia de los librereros: si el precio inicial de la obra era 280 libras por 10 tomos (10 libras el tomo), al final llega a ser de 850 libras por 28 tomos (casi 34 libras por tomo). La especulación no termina aquí y gracias a acuerdos con varios librereros en Ginebra, Lucca, Livorna, Neuchâtel, Lausana y Berna, son 25.500 los ejemplares de la Enciclopedia que se distribuyen en veinte años; primero en formato *in folio*, luego, *in cuarto*, luego formatos aún más reducidos. Mediante prospectos, reclamos, buhoneros y contrabandistas, todo ello muy bien organizado, la Enciclopedia, con el pensamiento *de las luces*, se extiende por Europa. Nada conseguirá detenerla.

ESTUDIOS

- Proust, J.: *Diderot et l'Encyclopédie*. Armand Colin, París, 1962.
 Proust, J.: *L'Encyclopédie*. Armand Colin, París, 1965.
 Lough, J.: *Essays on the Encyclopédie of Diderot and D'Alembert*. Oxford University Press, London, 1968.
 Lough, J.: *The Contributors to the Encyclopédie*. Grant and Cutler, London, 1973.
 Darnton, R.: *The Business of enlightenment*. Belknap Press of Harvard, Cambridge, 1979.

¿Hacen la revolución los libros?

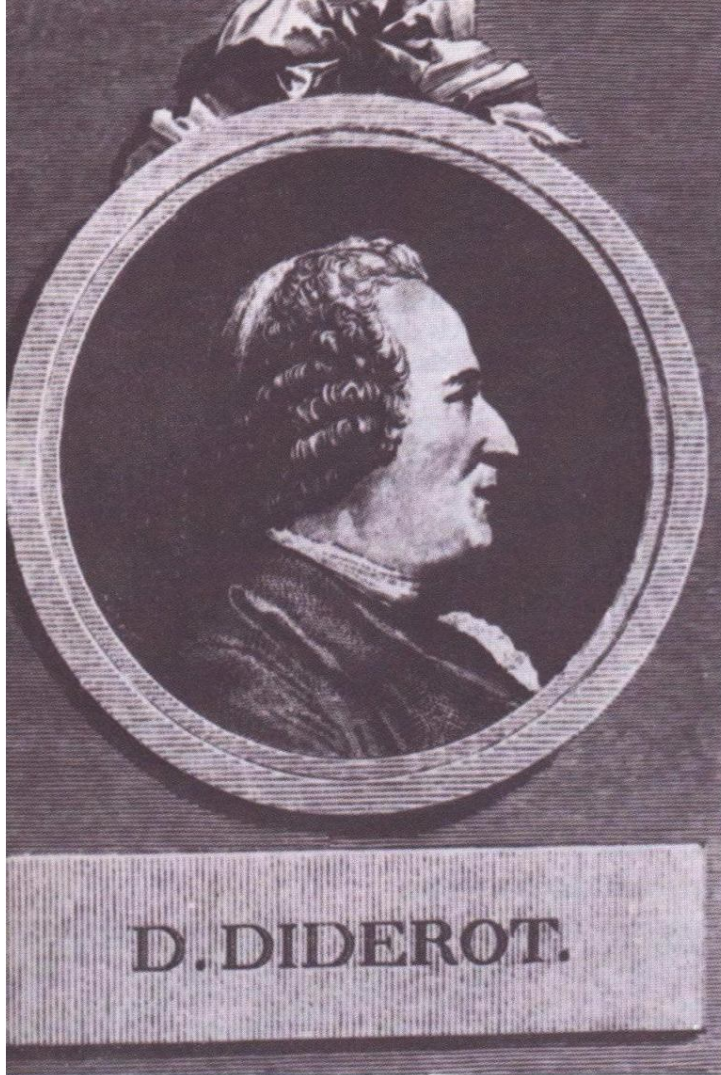
Por Daniel Roche

Universidad de París, I (Panteón Sorbona)

LA Enciclopedia, esa obra inmortal, que dijo Voltaire, monumento de una cultura medida en su grandeza y en sus debilidades, despertó siempre numerosos interrogantes. Hoy, todavía, el hecho de abrir los diecisiete tomos de texto, mirar las once entregas de láminas, ojear los seis tomos de índices y apéndices y orientarse por esas veinticinco mil páginas de formato gran folio, entre más de sesenta mil artículos, requiere preguntarse cuáles fueron los objetivos de una empresa que ocupa el escenario político y filosófico entre 1750 y 1800. ¿Cómo se divulgaron las ideas ilustradas en la sociedad? ¿Qué forma revistieron los pensamientos filosóficos para metamorfosearse en impresos e invadir amplios círculos de lectores? ¿Cómo impresores y libreros editores lograron lanzar al mercado cultural obra de tal envergadura? Habrá que formularse, en efecto, la historia de este libro, un diccionario perseguido y a la vez amparado por el poder de la época, testigo de un cambio ejemplar en la Edad Moderna. Reflexionar sobre los orígenes intelectuales de la Revolución francesa es algo tradicional en nuestra historiografía, casi un ejercicio escolar. Los aún interesados en el debate ideológico, sentimentalmente incitados a rememorar sus estudios infantiles o a recapacitar en el sentido de los aniversarios (1878-1978), personas normalmente fascinadas por el papel de los grandes escritores, suelen echar la culpa en un momento determinado a Voltaire o Rousseau. Es bien sabido que las Repúblicas revolucionarias o burguesas necesitan anclarse en antepasados notorios y que sus adversarios, por la misma razón, siempre reclaman culpables; los partidarios de los complots ideológicos, desde Barruel

Interior de una imprenta en el siglo XVIII (Museo Municipal de Dôle)





Diderot

hasta Agustín Cochin, o los legítimos herederos de las Luces de progreso, desde Barnave a los hijos de Marx, todos saben reconocer a los suyos. Pero quien quiera entenderlo y prefiera no refugiarse en el universo de las certezas tranquilas, el camino de las ideologías resulta algo más embrollado y las Luces mismas, no tan esclarecedoras.

Así se procede a una relectura global de la labor colectiva de historiadores franceses y extranjeros dedicados a captar mentalidades y actitudes políticas en estabilidad o en cambio, relectura que define la historia de las ideas en conexión con lo social y también con relativa autonomía, con lo que, en resumen, y siempre en relación con los libros, volvemos a tropezarnos con la Enciclopedia y su extraordinaria aventura. La historia del Libro, de un simple libro, es un instrumento de excepción para comprender la evolución cultural de la Francia dieciochesca y el sentido de unas luchas sociales que todavía perduran. Mas el nuevo paisaje proporciona sorpresas y donde esperábamos encontrar triunfante a la filosofía, hallamos, ante todo, negocios y dinero, y donde esperábamos ver a los privilegiados de clase, fortuna o cultura debatiendo agriamente el futuro, observamos la presencia de un público

expectante y la osadía de los vendedores de ideas.

Un comerciante de ideas

La documentación de los libreros, su correspondencia comercial y privada, los archivos de la Sociedad Tipográfica de Neuchâtel, los inventarios póstumos sacados de las minutas notariales de París permiten apreciar cómo tomaron cuerpo, entre 1745 y 1790, las especulaciones de los editores.

Al principio, un librero de París se lanza a una modesta empresa de traducciones contando con el espíritu de una época proclive a las curiosidades científicas. Más tarde, ese librero, anglómano convencido, se arriesga a introducir en Francia enciclopedias británicas. Finalmente, un colosal mercado creado con la recepción de las nuevas ideas y aureolado con el atractivo del escándalo, se transforma en campo de batalla de una auténtica guerra económica en la que todo está permitido y donde contienden los Atlas de la Librería Europea.

André François Le Breton es, ante todo, una firma solvente en la plaza de París. Heredero de una buena familia de la burguesía oficinista y mercantil (su abuela, viuda de Honry, posee la exclusiva del Almanaque Real, valor editorial seguro), se convierte en impresor del Rey y sabe dirigir su empresa. No es un sentimental, para él cada moneda cuenta y Diderot ha de comprobarlo cuando negocie con él subidas de salario a medida que la empresa salva obstáculos y prospera. Es también un tímido, pero violento e irascible y en 1745, cuando el desgraciado polígrafo Mills le reclama dinero, se abalanza sobre él, le fríe a puñetazos y casi le muele a palos, suceso sobre el que se correrá un tupido velo.

Le Breton se mueve como el pez en el agua entre zancadillas y continuos hostigamientos. Ahora se sabe cómo traicionó a los autores del diccionario, cómo congeló sus audacias y cómo censuró —solapadamente— sus escritos demasiado peligrosos; obró, así, no obstante, para evitar lo peor, salvar la empresa, concluir una publicación que podía llevarlos a todos a la Bastilla y que, de fracasar, arruinaría a centenares de personas entre libreros, escritores, grabadores y obreros. Perfectamente consciente de por qué se dirige en carroza a consultar con los magistrados del Parlamento, se arriesga, gana y hace lo que sea preciso para triunfar. Su fortuna y la de sus socios menos conocidos —Antoine Briasson, Michel David y Laurent Durand— se basa en la tenacidad.

Muere en posesión de un patrimonio excesivo para su clase, desproporcionado en su época, cerca de 1.500.000 libras tornesas (un obrero de París vivía con una libra diaria),

cuando al casarse, en 1741, sólo disponía de 50.000 libras. Multiplicar por 30 su capital representa un feliz golpe de mano y la consagración del éxito enciclopédico. Le Breton hace inversiones sólidas, adquiere la mansión del procurador general del Parlamento de París al que prestaba dinero, compra bienes y rentas y vive holgada y lujosamente. Comerciando con las ideas, este hombre, tan precavido como intrépido, contribuyó a cimentar el poder de los intelectuales parisinos, puso en un aprieto al Estado y a la Iglesia y suscitó el odio de los enciclopedistas —léase a Diderot y a Grimm— y la envidia de su gremio.

Hacia 1760, sus colegas de Francia y del extranjero husmean el sustancioso botín calculando jugosas ganancias. En las oficinas de Amsterdam, Bouillon y Lieja, en Lucca y Livorno y en los talleres de Ginebra, Yverdon, Neuchâtel, Lausana, Berna, París y Lyon, se especula sobre lo favorable y lo desfavorable, sobre cifras de venta y costos y se piensa en múltiples combinaciones susceptibles de dar trabajo a las imprentas e incrementar los beneficios de los libreros. En el centro de todas esas operaciones, geográficamente localizadas en Suiza e Italia, se mueve de forma especial Charles Joseph Panckoucke.

D'Alembert

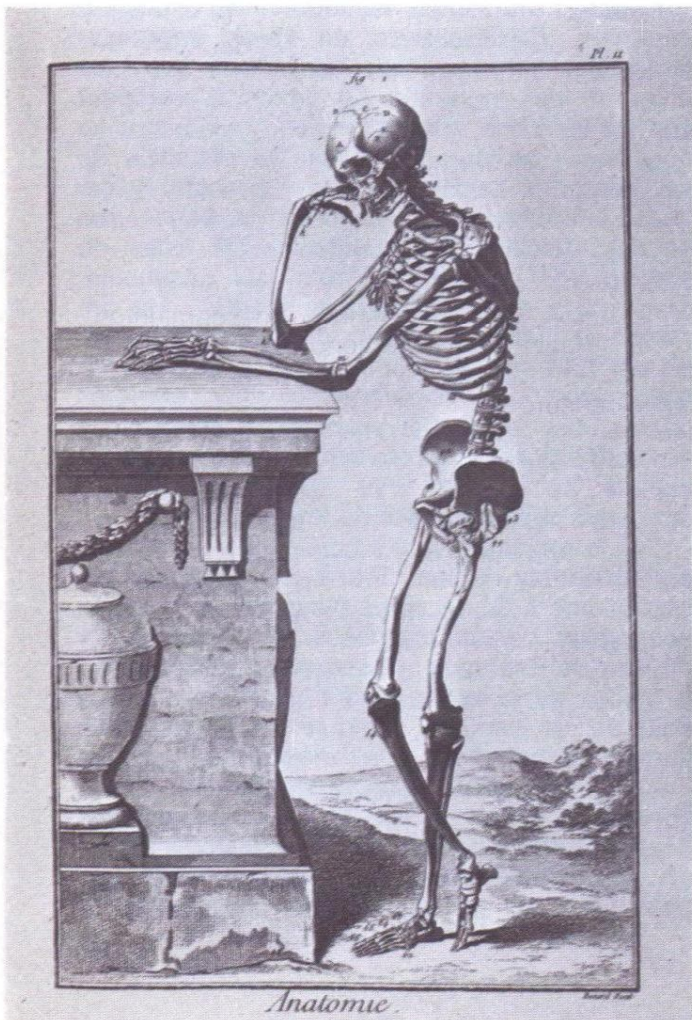
Anatomía (lámina de la Enciclopedia)



Un ciudadano Kane

Panckoucke ha nacido en Lille, hijo y nieto de impresores, en una familia prolífica y dinámica. Con un barniz científico y un ánimo curioso, es en su provincia un adalid de la ilustración, pero sólo en París podrá desplegar completamente sus aptitudes. Allí construirá en veinte años un imperio editorial de dimensiones europeas. Cuenta para ello con tres ases de ventaja: vulgarizar la filosofía, movilizar a un equipo de aficionados y apostar con el poder del periodismo. Difunde la obra de los filósofos respaldándose en la legislación real, protectora de los privilegios de la Librería y del monopolio parisino, y en un grupo de escritores, unos célebres como Buffon y Voltaire, otros simples publicistas que recluta en Academias, salones, trastiendas de la Librería y oficinas ministeriales.

Organizando y dando prestigio a su producción, Panckoucke está alumbrando ese escritor moderno, dueño de sus obras, pero dependiente del editor, constituyendo, en fin, un emporio periodístico que engloba a los principales periódicos en lengua francesa (*Le Mercure*, *La Gazette*, *Le Journal de Bruxelles*, *Le Journal de Genève* y otros). Venciendo a sus competidores, al divulgar filosofía, forzosamente





Mandrill de los Cuadernos, de Buffon
(Biblioteca Nacional, París)

devalúa el contenido de la misma. Pero con él las Luces cambian de sentido. Esas Luces que consideró al principio el motivo suficiente para luchar contra su entorno, esas Luces que le impulsaron a la acción y le condujeron, en 1760, a las cárceles reales, se transforman ahora en tesoro cultural. Hay que divulgarlas por todos los medios, desde luego, pero esa operación es al mismo tiempo una América a explotar. Hombre de acción y ávido de dinero, cambia la imagen del editor clásico. Es un negociante para quien sólo cuenta *el noble negocio de las cosas del espíritu* (Garat). Por su influjo, el librero menesteroso de antes se convierte en empresario de la inteligencia.

La obsesión enciclopédica se apoderó de Charles Joseph Panckoucke cuando Le Breton y Diderot concluyeron su empresa, y esa obsesión le galvanizará durante más de veinte años. En tres, cuatro o cinco golpes de fortuna, este ciudadano Kane de las Luces reedita la Enciclopedia en folio, le añade índices, publica suplementos, participa en enrevesadas gestiones para editar en cuarto y, culminando sus fantásticas ambiciones, lanza la *Metódica* que ha de superar, corregir y modificar cuanto se ha hecho hasta la fecha al respecto. Únicamente la muerte le apartará de su propósito: de la reimpresión a la edición revisada, el camino ha sido arduo y los adver-

sarios, incómodos. Robert Darnton, profesor en Princeton, sabrá valorar magistralmente la tarea de los editores de Neuchâtel y del librero lionés Duplain que, con Panckoucke, se aventuraron a editar en cuarto.

Unos contrabandistas pacíficos

Los hombres de la Sociedad Tipográfica de Neuchâtel, Bertrand y Fauche, son dos protestantes pacíficos, cultos, devotos del vino blanco y de la caza. Los excepcionales archivos de la S.T.M. —cartas, correspondencia comercial y libros de contabilidad— permiten saberlo todo de ellos. En su refugio helvético, sin miedo a la censura y a la policía francesa, imprimen tranquilamente las obras más subversivas de la época, gracias a una eficaz red de contrabando las introducen en el Reino y libreros y aficionados se las disputan: son manuales filosóficos avanzados —D'Holbach, Raynal, Mercier—, pero, sobre todo, crónicas escandalosas, panfletos políticos y mucha literatura pornográfica antigua y reciente. Para los editores helvéticos, la Enciclopedia aparece como una bendición: su tirada supone años de trabajo, pero su difusión, alentada con la prohibición, queda garantizada con una clientela firme. La operación justifica un acuerdo con los tiburones del Libro. El lionés Duplain es uno de ellos.

Duplain, una figura legendaria de filibustero impresor. Especializado en libros impresentables, as de las ediciones piratas que permiten a las imprentas de provincia competir con las de París, contrabandista y estafador en ocasiones, es durante meses la pesadilla de los honrados capitalistas de Neuchâtel y del audaz Panckoucke. Se niega a pagar sus deudas, falsifica las cuentas y las listas de suscriptores para incrementar sus ganancias, amenaza y coacciona a sus socios... Ha estallado la guerra alrededor de la Enciclopedia. El combate es permanente, el espionaje, la diplomacia, las escaramuzas, los efímeros pactos, las tretas del viajante de comercio y las comidas opíparas en los mejores restaurantes de Lyon, todo ello desempeña en un momento dado un papel de importancia.

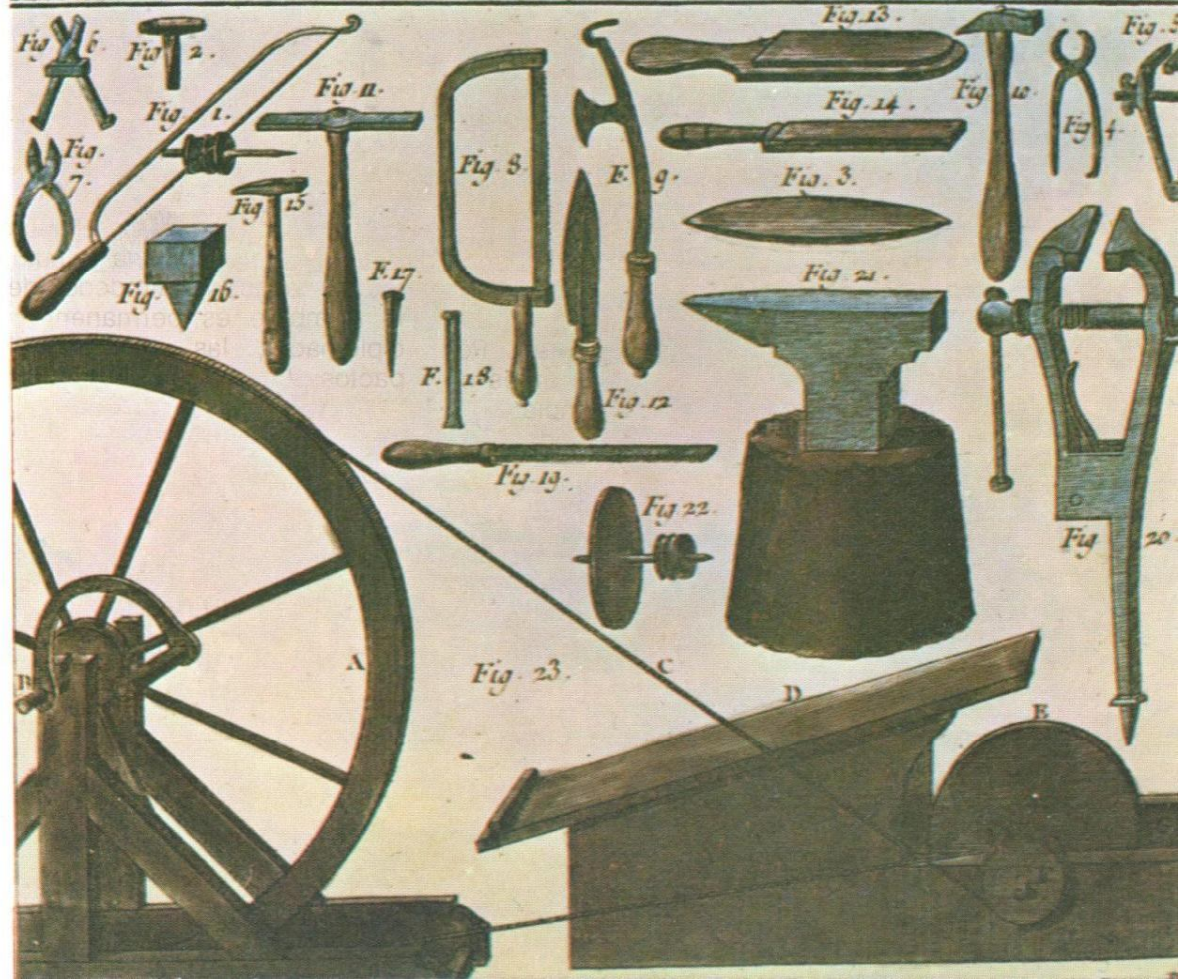
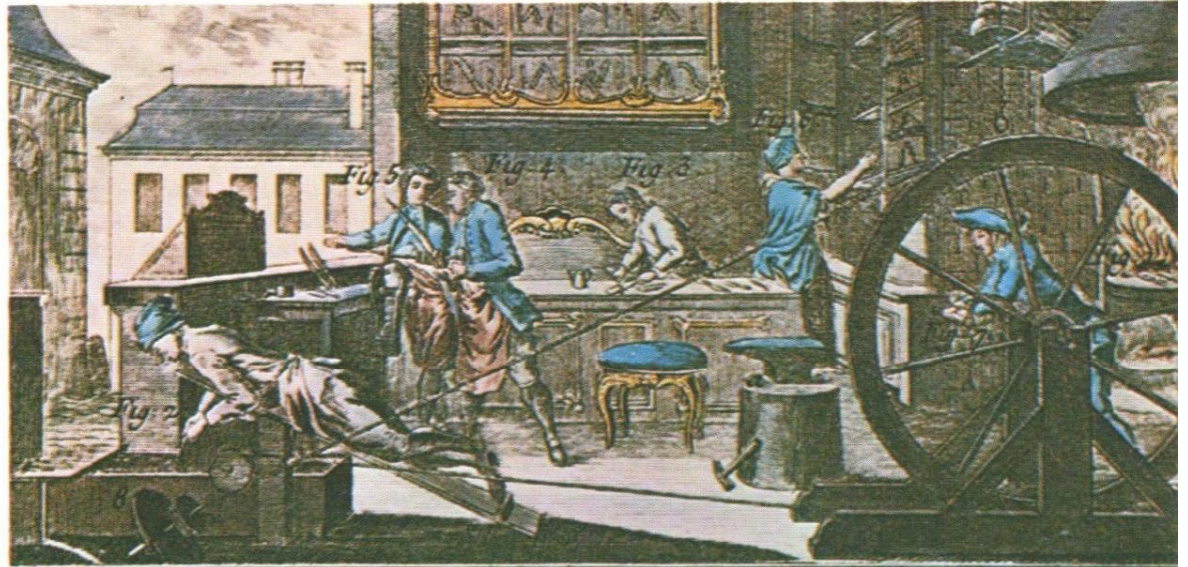
Por la amplitud de las cantidades en juego y por la dureza de los métodos empleados, ese capitalismo editorial hace palidecer la reflexión económica de los mismos enciclopedistas. La riqueza del mercado a conquistar desencadena la avidez de la lucha, excita la habilidad de los editores y justifica cualquier práctica. Sólo cuenta el beneficio y el dinero arde en las manos de esos especuladores del libro, apresados entre su lealtad a la antigua sociedad (todos sueñan con vivir apaciblemente de sus rentas en fincas honradamente adquiridas) y su comportamiento progresista. El

combate de Panckoucke, de Duplain y de otros tantos es el de un capitalismo en busca de identidad. Si su estrategia es simple (arriesgar mucho para ganar más contando con un público cada vez mayor ante la irrupción de obras innovadoras y escandalosas), su táctica es muy flexible (explotar las posibilidades del sistema jurídico protector del mercado, apelar a las autoridades para amenazar a la competencia, proclamarse simultáneamente liberales e inmiscuirse en los defectos de la red legal).

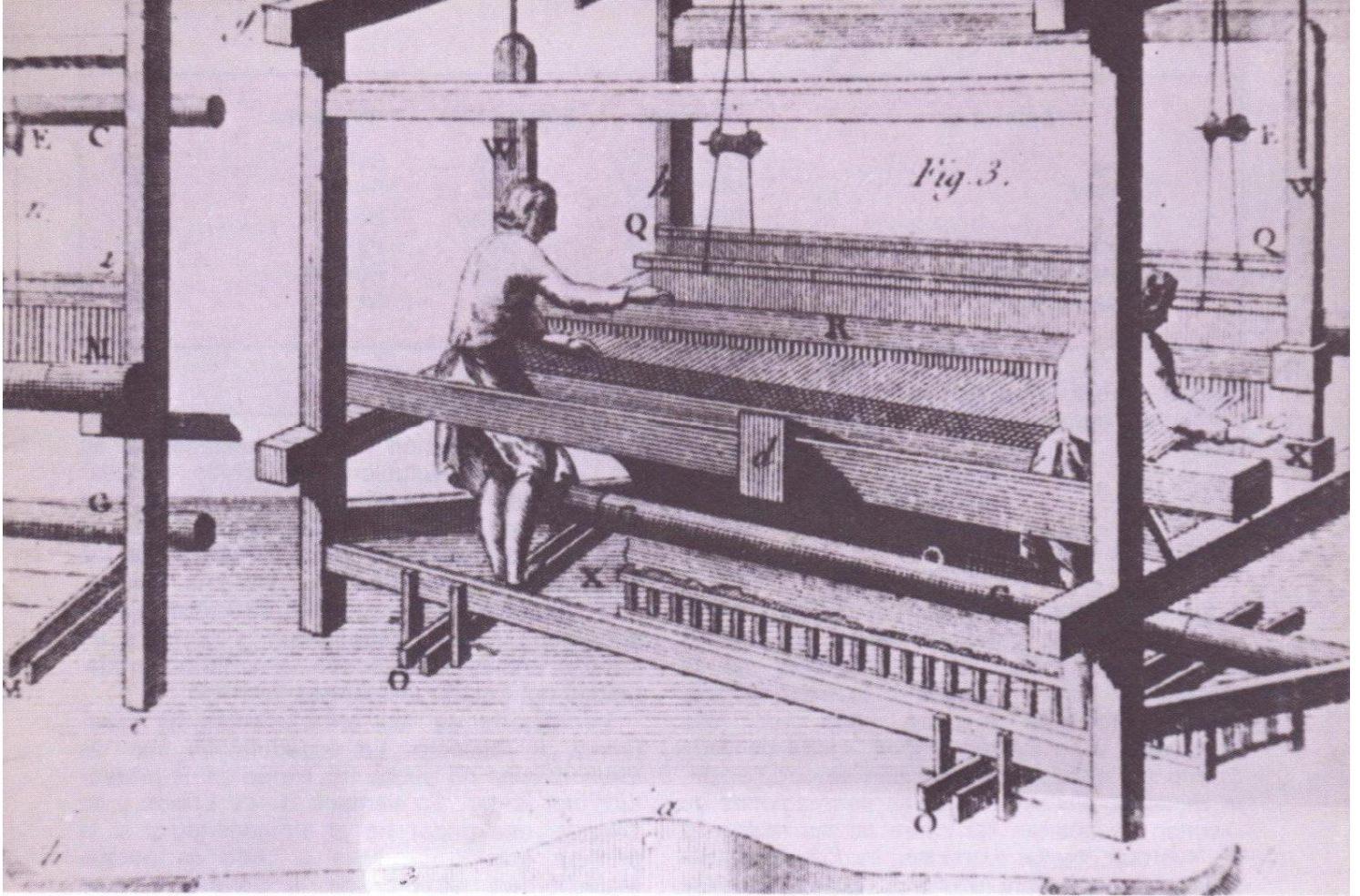
La asociación con las poderosas sociedades tipográficas fronterizas se revela válida; el *dumping*, el sistemático contacto con librerías

vendedoras y la publicidad exacerbada a golpe de folletos y de anuncios en los periódicos son moneda habitual en la empresa iniciada. El contrabando, en fin, les entrega al público de París y de provincias.

El contrabando se monta en los valles del Jura desde los pueblos de la frontera, para burlar la vigilancia de los aduaneros. Los contrabandistas actúan en bandas y con puntos de relevo en los bosques y cerca de las ciudades donde hospitalarias posadas esconden los equipajes de libros clandestinos y las toneladas de hojas enciclopédicas. Las caravanas se deslizan de noche entre los puestos de control y frecuentemente las autoridades locales,

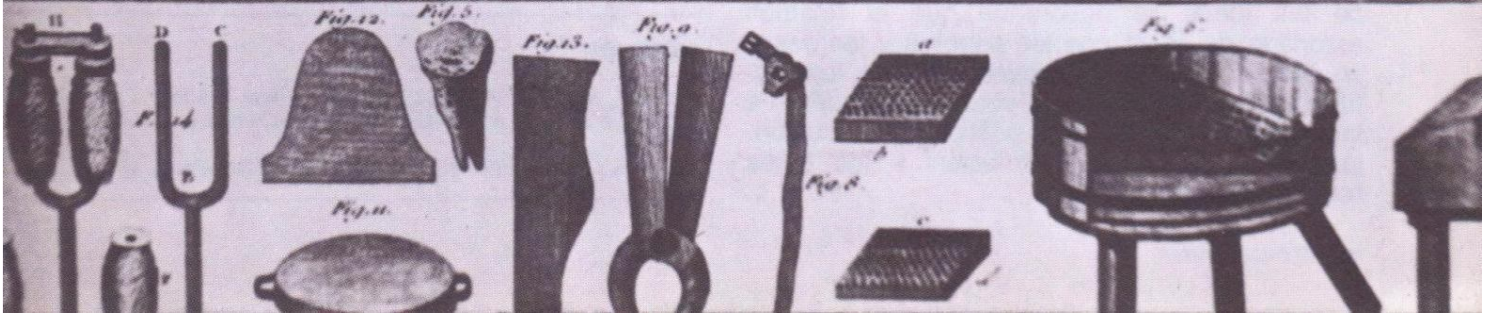


Utiles y oficio de cuchillero, según una lámina de la Enciclopedia



Telar, según lámina de la Enciclopedia

Fábrica de géneros de punto, según lámina de la Enciclopedia



	Ediciones	Fechas	Ejemplares	Formato	Precio
1.	París	1751-1772	4.225	Folio	380
2.	Ginebra	1771-1776	2.150	Folio	840
3.	Lucca	1758-1776	3.200	Folio	737
4.	Liborno	1770-1778	1.600	Folio	574
5.	Ginebra-Neuchâtel	1777-1779	8.525	Cuarto	384
6.	Lausana-Berna	1778-1782	5.800	Octavo	225

Europa entera. Tras esa aventura editorial se perfila un cambio básico en el mercado cultural.

La guerra de las tiradas

El hermetismo de las fuentes impide conocer con exactitud la condición social de los primeros suscriptores, pero el precio de la edición en folio lo vedaba a la mayoría. Las tiradas sucesivas resultan cada vez más asequibles y en cuarenta años, cerca de veinticinco mil ejemplares se ponen en circulación, la mitad en Francia. Si a las estimaciones de Darnton se añaden las cifras de las ediciones de Yverdon, de los extractos, de los «Espíritus» y de la Enciclopedia Metódica, puede colegirse la importancia de la baza ideológica que subyace en la Guerra de las Enciclopedias.

Ciertamente, el pueblo no lee la Enciclopedia, sino un público vario de notables, hombres de la Justicia y de las Finanzas, pequeños nobles, canónigos, párrocos, abogados y pocos comerciantes, el mundo de los que viven de las rentas de tierras y del Estado, el de los servicios y la inteligencia. Los lectores de los filósofos no son hombres del capitalismo, pues viven y se aprovechan de la antigua sociedad. Pero lo histórico de las ediciones enciclopédicas es que se trata de un movimiento de enorme amplitud.

Los libreros parisinos y de provincias venden simultáneamente millares de ejemplares de una producción sin peligro, los cuartos y los octavos enciclopédicos, mas también libelos y escritos escandalosos. Para sus lectores es un mundo progresivamente en pugna con sus referencias habituales y su jerarquía de valores. Comprar la Enciclopedia es, al menos, reconocerse hombre de un saber nuevo capaz de admitir la crítica y el cambio.

Ahora bien, dejando esto aparte, ¿inducen los libros a la acción? La pregunta no es obvia porque de cualquier estudio de historia social de las ideas se desprende que la relación razonada de éstas con los saberes y las cosas se plasma en una controversia sobre las instituciones. Si millones de lectores sometieron a las jerarquías sociales y políticas a discusión, la relación entre la revolución y los libros recobra todo su valor.

Conmoción cultural

A esta conmoción cultural, fundamental en los años prerrevolucionarios, sirven denodadamente los empresarios del libro. Esa actitud desencadena un movimiento general de las sensibilidades, perceptible en el cambio de las actitudes colectivas ante la vida y la muerte, una alfabetización progresiva de la población, sobre todo la de las capas urbanas medias y, en consecuencia, se procede a discutir la idoneidad del Estado absolutista ilustrado.

La historia de las enciclopedias es reveladora al respecto. La especulación con las ideas nuevas no puede realizarse sin la protección del poder. En tiempos de Le Breton y de Diderot, ese poder no es homogéneo y si la primera edición se lleva a cabo es porque Malesherbes, director de la Librería y gran señor liberal, actúa en contra del Parlamento y la Iglesia. Ya en la época de Panckoucke y de Duplain la protección a los libreros es casi oficial. Vergennes, Lenoir y la alta administración son protectores eficaces que intervienen en contra de las falsificaciones, de las competencias y de los inquietantes proyectos de editores reconocidos. El poder ha comprendido la fuerza del saber, tal vez porque ha ponderado la unión de la baza política y económica.

Así se concibe que en la fase jacobina de la revolución, Panckoucke, los empresarios del libro, los académicos, los autores y todo un público se hallasen de pronto en una posición falsa. El progresismo había anidado en el monopolio, pero falto de protección y garantías en el régimen de libertad instaurado por los constituyentes, se encuentra desfasado e inerte ante la Revolución cultural de los sans-culottes. Los grandes negocios, alineados siempre con la moderación, y los últimos enciclopedistas, aplaudirán Termidor. El orden nuevo, que tanto debe a unos y otros, sabrá ponerles en su sitio.

ESTUDIOS

Merland, M. A., y Reyniers, J.: *La Fortune d'André François Le Breton*, en *Revue Française d'Histoire du Livre*. 1979.

Tucco, S.: *Panckoucke et la Librairie Française*. París, 1977.



La sociedad madrileña a la entrada del jardín botánico (por Paret, Museo Lázaro Galdiano)

Método, educación y felicidad pública

Algunas obsesiones de nuestros ilustrados

Por Antonio Lafuente

Profesor de la Universidad Complutense

y José Luis Peset

Investigador científico del C.S.I.C.

«De donde se colige cuán importuna sea la distinción de artes liberales y mecánicas; como si fuera posible escribir o estampar un libro sin el mecanismo de la escritura o de la imprenta», P. R. de Campomanes, Discurso sobre la educación popular de los artesanos (1775).

NO es fácil plantearse la repercusión del movimiento enciclopedista francés en España. Tampoco será ésta nuestra intención. Creemos, por otra parte, que aquí hubo un movimiento paralelo al de toda Europa que posibilitó el interés hacia una nueva «forma» de hacer ciencia o, al menos, de difundirla. Problemas científicos, técnicos, lingüísticos, económicos... se plantean al intentar enfocar este movimiento, ante los cuales queremos por ahora esbozar algunas posibles líneas de intelección.

A partir de los años cincuenta del siglo XVIII, España, o mejor los distintos gobiernos ilustrados se vieron frente a problemas cuya solución conducía a un intento de recopilación sistemática —igual que en otros países— de todos aquellos conocimientos y datos empíricos tenidos comúnmente como útiles. La necesidad de redactar obras en castellano que catalogaran

el estado de los distintos saberes científicos, de las varias artes y técnicas, las preocupaciones por elaborar una lengua científica, el interés por clarificar o unificar la multiplicidad existente de pesos y medidas, el deseo de fomentar la educación y la industria populares o el proyecto de levantar acta de los recursos y posibilidades agrarias o manufactureras..., irán avivando el interés por la acumulación y sistematización de información y preparando el camino a la recepción de obras como *l'Encyclopédie*. Detengámonos en algunos de estos aspectos.

En 1757 se crea en Madrid una Sociedad Matemática Militar dotada con una considerable suma de dinero y formada por un grupo de prestigiosos ingenieros y artilleros del ejército con la función de actuar como organismo consultivo de la Corona en materias científicas y, no en segundo lugar, de asumir la responsabilidad de redactar amplios y completos manuales sobre los distintos saberes científicos y técnicos del momento. Para ello entran en contacto con distintos ilustrados y se proponen un plan de trabajo casi escolar —reuniones semanales, lectura de las secciones redactadas, obligación de asistir un mínimo de horas diarias a la biblioteca de la Sociedad...—, consistente en recopilar información actualizada para la redacción de sus tratados y formación de un gabinete de máquinas, dibujos, planos y modelos de adelantos técnicos. Entre las personas interesadas por el proyecto encontramos a Gregorio Mayans, a quien se pide colaboración en la tarea de construir un castellano científico que superara las veleidades francófilas de un Feijoo.

Pocos años antes, Esteban Terreros y Pando, jesuita, al traducir el *Espectáculo de la Naturaleza* (Madrid, 1753-1755) del abad Pluche reconoce las dificultades que tuvo al no encontrar con facilidad equivalencia adecuada para numerosos términos científicos. Dificultad que le llevó a realizar un diccionario francés-español que, por motivo de la expulsión, sólo llegó a publicar años más tarde gracias a Floridablanca. Las traducciones de obras francesas de agricultura por C. G. Ortega, o la correspondencia entre C. M.^a Trigueros y Jovellanos nos pone, asimismo, de manifiesto, años más tarde, estas dificultades lingüísticas en el intercambio de información sobre botánica y agricultura. No puede extrañarnos, en España está entrando una ciencia nueva, con formulaciones, conceptos y términos nuevos que, además, se expresa en las nuevas lenguas nacionales. Los saberes escolásticos y su terminología latina quedan arrinconados y lengua y ciencia son empujadas por la *burguesía* cada vez más pujante.

En otro orden de cosas, planes para racionalizar el sistema impositivo y promover el ejército y la marina son concebidos por Ensenada. Su realización exige una mayor

claridad con relación a los sistemas de medidas. Burriel redacta un informe sobre el tema y la ciudad de Toledo también se interesa. No son útiles los patrones de varas castellanas —hierros viejos, dirá de ellos Gabriel Ciscár años más tarde— que se conservan en los archivos de Burgos y Toledo. La marina en 1752 adoptará como unidad de longitud para todas sus operaciones —construcción de buques y arsenales, medidas astronómicas y geográficas...— la vara castellana acomodada a la toesa de París. Por otra parte, Jorge Juan, entre 1750 y 1754, dirige una comisión que intenta racionalizar y uniformar nuestra construcción de buques. Una ojeada incluso rápida por las páginas de la *Gazeta de Madrid*, muestra la preocupación que en aquellos años existía por estos temas. Además, el coleccionismo en botánica y geología se convierte en necesidad de clasificar y unificar criterios a nivel internacional; Linneo y, entre nosotros, Quer, lo prueban. No es extraño que la Conferencia Físico-Matemática se continúe en la Academia de Ciencias y Artes de Barcelona y que el interés por el experimentalismo y las matemáticas se troquen, por impulso de Campomanes y de su director, Francisco Subirás, en dedicación al inventariado de máquinas e innovaciones en el cultivo.

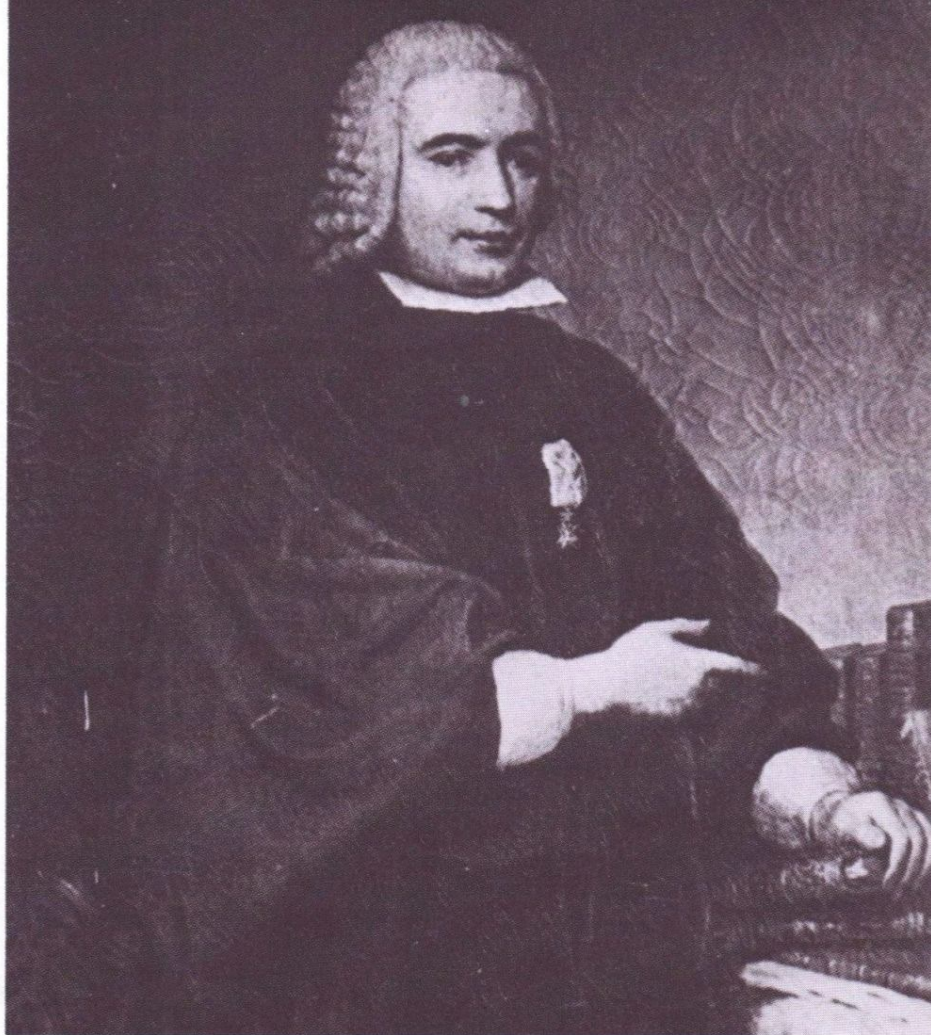
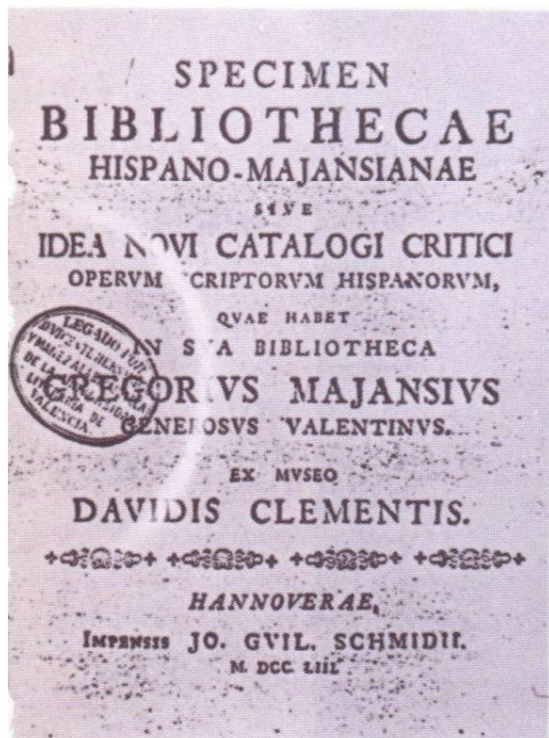
Razón y naturaleza

En el ensayo preliminar de D'Alembert a *l'Encyclopédie* se propone una nueva clasificación de las ciencias. Deudora de la propuesta por Bacon, abandona la posición subjetivista de antiguas clasificaciones construidas en función del rol que el observador adopta ante la naturaleza y se propone otra de carácter objetivo y materialista realizada según la concatenación y subordinación que los distintos saberes guardan entre sí. La *Enciclopedia*, repite D'Alembert, será como un mapamundi del conocimiento y cada uno de los volúmenes irá dibujando los mapas de sus distintos países. Esta reiterada utilización de metáforas tomadas de la geografía, en un momento en que se encuentra a caballo entre la *descriptiva* y la *científica*, nos parece enormemente ilustrativo del espíritu y finalidad de la obra.

Ordenar, clasificar, distinguir geoméricamente el caos de sensaciones procedentes del espectáculo de la naturaleza, son operaciones que sólo la ciencia puede garantizar con objetividad. Pero no exageremos, dirían los redactores de la *Enciclopedia*, la pura racionalidad del pensar ignoraría los grandes éxitos obtenidos por la tradición artesanal. Las aplicaciones prácticas de la teoría deben ser dedicación digna de todo científico, los mecanismos artesanales también están sujetos estrictamente a las leyes de las ciencias. Y, más aún, los artesanos deben someterse a

Conde
de Campomanes
(Academia de
la Historia, Madrid)

Portada del
Specimen Hispano-
Majansianae, de
Mayans, publicada
en Hannover en 1753



dichas leyes en bien del progreso económico. Esta mentalidad, unida a una amplia difusión de la posibilidad del *método* y de los daños derivados de una obstinada y supersticiosa tradición, configurararán un estado de opinión general caracterizado por la sumisión a las verdades de la ciencia, los designios de la razón y la obediencia a su mejor postor: el Estado.

Al menos, así sucedió entre nosotros. Con el paso del ecuador del siglo, reinando Fernando VI, puede decirse que los tópicos de la ciencia moderna han sido difundidos y aceptados por esa minoría de ilustrados españoles tan cercanos al poder. El ejército y la marina, instituciones que comprenden el papel fundamental de la ciencia como instrumento de transformación de la naturaleza, son quienes con mayor decisión impulsarán la creación de centros docentes y de investigación: pasarán a ser los mayores ofertantes y demandantes de tecnología. Tan es así, que sus cuerpos de oficiales reciben a personas que, sin poder alegar limpieza de sangre, han acreditado sus conocimientos científicos. Reforzar el ejército y habilitarlo para la defensa de nuestros mercados americanos significaba mejorar el sistema de construcción naval, producir piezas de artillería de mayor calibre para buques de mayor tonelaje, absorber la mayor parte de la producción de las fábricas reales, hacer inves-

tigaciones químicas para conseguir pólvora y hierro mejores, explotar más racionalmente las riquezas mineras, levantar buenas cartas geográficas y mejores derroteros marinos y, en general, adquirir la tecnología francesa e inglesa. Al mismo tiempo, la mejora y extensión de los cultivos exigía la aparición de organismos consultivos, tales como las sociedades económicas, que asumieran la necesidad de catalogar riquezas y recursos, ensayar reformas, aunar esfuerzos y educar a las *clases populares*.

Todo ese afán por clasificar, catalogar, ordenar... forma parte de ese espíritu ilustrado propio de una sociedad en avanzado estado precapitalista. La *Enciclopedia* fue, tal vez, el mayor y más conocido esfuerzo que en este sentido realizó el siglo XVIII, pero debe ser inscrita en un movimiento europeo —con antecedentes tan notables como el *Dictionnaire historique et critique* de P. Bayle— y en el que España también colaboró. Llevar la *ilustración* a cada hombre y oficio exigía previamente catalogar las verdades a difundir, separar lo verdadero de lo falso. Enseñar cosas útiles era, según el *Informe sobre la Ley Agraria* (1795) de Jovellanos, enseñar a los *campesinos y demás clases laboriosas del país* el contenido de unas breves, sencillas y rigurosas *cartillas rústicas* redactadas por los *sabios*, que contuvieran un útil catálogo de recetas y



Gaspar Melchor
de Jovellanos
(por Goya)

Gregorio Mayans

Jorge Juan

Fernando VI
(por J. Ranc)

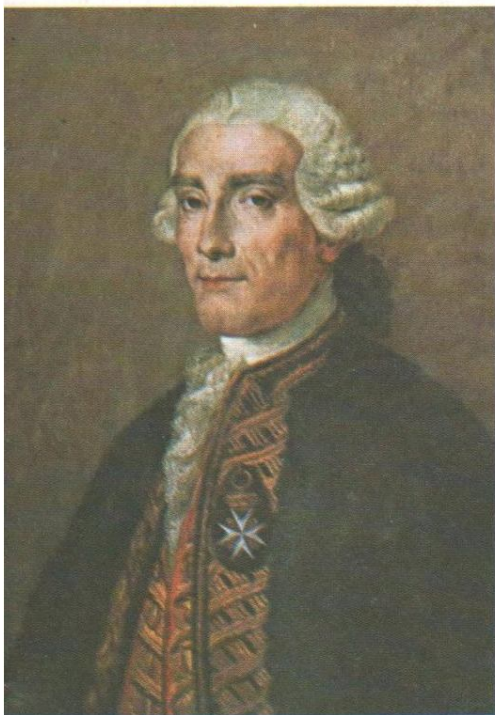
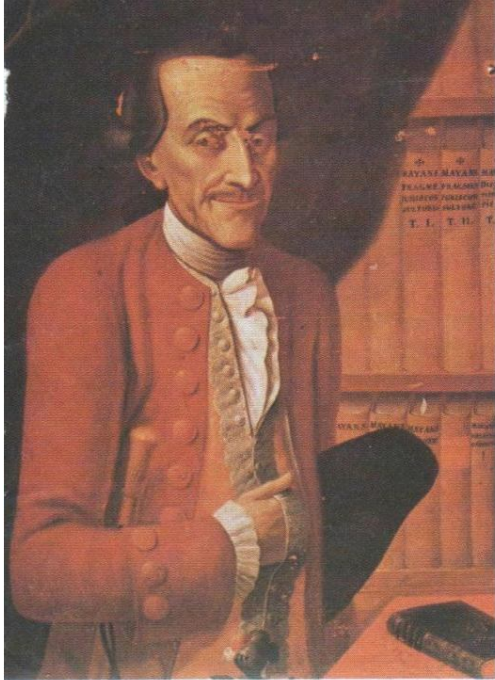
consejos tomados de las más elevadas y complicadas verdades de la ciencia. El enciclopedismo, como pidieron Campomanes y Jovellanos, intentaba poner el saber más cerca del interés, romper esa absurda separación entre artes y ciencias o, dicho de otro modo, entre oficios mecánicos y trabajo intelectual. No nos vamos a extender sobre este punto que ha sido ampliamente tratado por J. A. Maravall y A. Elorza. Más ejemplos y actitudes significativas de lo que venimos afirmando, pueden encontrarse en las ya clásicas obras de J. Sarrailh y R. Herr.

El enciclopedismo español

M. Defourneaux nos ha mostrado que el flujo de libros europeos hacia España, en especial

franceses, no encontró excesivos obstáculos. Numerosos factores contribuyeron. Ni la Inquisición era fuerte a partir de mediados de siglo, ni los gobiernos ilustrados podían permitir que jugase sus antiguas funciones. Las visitas a librerías no se realizaban —en Cádiz se interrumpieron por casi cuarenta años—, los permisos de lectura de libros prohibidos no eran de difícil obtención... Sabemos que numerosos ilustrados de elevado renombre y talante *liberal* no lo tenían, tal vez por los años setenta ya no era preocupación el obtenerlo.

Antes de la expulsión de jesuitas —quienes, por cierto, poseían un ejemplar de la *Enciclopedia*— ya existían la Academia de Bellas Artes de San Fernando —también eran «bellos» los oficios de relojero, agrimensor, arquitecto... o, al menos, eran artes—, la de San Carlos, la Academia de Ciencias y Artes de



Barcelona, las Juntas de Comercio de Madrid y Barcelona, la Sociedad Vascongada, algunas academias militares de Barcelona, Cádiz, Segovia, Madrid... Todas estas instituciones tenían por objetivo el progreso y educación de la nación: crear escuelas que hoy llamaríamos técnicas o profesionales, investigar la mejora de las técnicas agrícolas o artesanales, extender manufacturas o la utilización de maquinaria al proceso productivo. No olvidemos que el artículo destinado en *l'Encyclopédie* al vapor, es de corta extensión y superficial si se compara con lo escrito para técnicas o maquinarias de otro tipo. La obra francesa, en efecto, está vinculada a una confección de la técnica que exige la acción directa del hombre sobre mecanismos y engranajes y que aún no da suficiente importancia a los mecanismos dinámicos y de acción automática.

Justo la técnica que pidiera Campomanes en su *Discurso sobre el fomento de la industria popular* (1774) era la que, sin grandes dificultades, iba a ofrecernos *l'Encyclopédie*. Pese a que fue prohibida por la Inquisición en 1759, el mismo fiscal recomendará en 1775 que se traduzcan al castellano aquellos artículos que diesen información sobre artes y oficios. Si bien no llegó a publicarse el resultado, hemos podido encontrar en el Archivo General de Simancas noticia de la traducción de una Enciclopedia, encargada por Campomanes, que está haciendo Antonio Carbonell, bibliotecario del Real Seminario de Nobles, en el año 1783. Tampoco puede extrañarnos que el *Arte de los metales* de Alonso Barba, obra que por su finalidad y sus grabados parece preceder a la francesa, se reeditase en 1770.

El *paternalismo* de los ilustrados veía con

buenos ojos la prohibición de determinados libros a las clases populares, pero su pragmatismo y eclecticismo encontraba siempre justificada su lectura por una élite distinguida y protegida. Si en 1770 era autorizada la Sociedad Vascongada a la consulta de *l'Encyclopédie*, unos años más tarde adquirirá 166 volúmenes de ella sin previa autorización de la Inquisición. La persecución a que se vio sometido el marqués de Narros por sus supuestos contactos con los *philosophes* franceses, concluyó con la demostración de que leía la enciclopedia francesa y sin que la Inquisición pudiese culminar su actuación ejemplarmente. Los *Extractos de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*, aparecidos por vez primera en 1771, muestran el profundo conocimiento que los patriotas tenían del contenido de *l'Encyclopédie* y de otras obras similares que se publicaron en la Europa del momento. Su interés por recopilar información sobre pesos y medidas, procedimientos técnicos usados en las herrerías vascas... y demás datos que permitieran un diagnóstico científico y certero sobre posibles y necesarias mejoras, recuerdan las primeras actividades de la Academia de Ciencias de Barcelona, la de San Fernando de Madrid e incluso aquella que suele considerarse paradigmática, la de Ciencias de París.

El encargo efectuado a Benito Bails por la Academia de Bellas Artes de Madrid para que redactase una obra matemática de carácter enciclopédico que posibilitara, a los interesados por las ciencias, el estudio de estos saberes es, sin duda, un ejemplo excelente de lo dicho. Los *Elementos de matemáticas (1772-1779)*, sin duda, nunca pretendieron ser obra original: Benito Bails, en los sucesivos prólogos a los 11 volúmenes de la obra, va explicando dónde ha encontrado los materiales utilizados. La obra es de enorme interés por su carácter totalizador, actualizador y pragmático, y por tratarse de una empresa *oficial*. Los distintos tópicos ilustrados van desfilando por sus páginas: las matemáticas necesarias para los cálculos financieros, la geometría para la construcción de caminos y edificios, el análisis y álgebra que permiten asimilar la nueva física. Física en que se discutirán ampliamente los fundamentos de los distintos artilugios mecánicos, los criterios que permiten distinguir entre un buen *mecánico* y un arbitrista, las razones para combinar teoría y práctica, para la adopción de un sistema unitario internacional de pesos y medidas con base en el pie de París... Se recomiendan determinadas lecturas sobre la teoría de probabilidades por sus aplicaciones a la economía política: estudios sobre variación de población, distribución de rentas, volumen de la producción...

La aparición en 1784 del *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* del jesuita expulso Juan Andrés, explicita, asimismo, la

penetración de estas ideas. El propio título de la obra ya muestra el sentido del discurso: un ensayo histórico-filosófico, tan del gusto de Voltaire o d'Alembert, que va a intentar dilucidar las razones del progreso, describirlo *geográficamente* y buscar una línea única de evolución del conocimiento científico. Esa llama que se enciende en Grecia, que Bacon rescata de la penumbra y el oscurantismo medievales y que, finalmente, los autores modernos, entre otros Newton, elevaron en el siglo filosófico a su altura actual. Si bien Andrés intenta desmarcarse de la posición de D'Alembert es obvio que su análisis, más contribuye a afianzar el espíritu de la *Enciclopedia* que a poner en jaque sus ideas.

El rechazo final

El *enciclopedismo* español presenta algunas diferencias con el francés que conviene resaltar. Entre nosotros, estas búsquedas y ediciones tienen, en general, un carácter oficial y central. Suele ser el Gobierno quien empuja y protege. Tal vez por ello, tal vez por su época más tardía, tiene mayor coherencia y uniformidad que el modelo francés, convirtiéndose en doctrina oficial. Otros rasgos son comunes a los dos movimientos, en especial el carácter nacionalista y progresista, que tiñe a sus autores y que motiva peligrosos enfrentamientos. Todas estas características explican, con facilidad, las dificultades últimas que la *Enciclopedia* corrió en nuestras tierras, cuando con Carlos IV la ciencia y el extranjerismo comenzaron a ser peligrosos.

Los intentos de Ch. J. Panckoute, desde 1780, de publicar en Francia una nueva *Encyclopédie methodique*, que remediara la dispersión ideológica, la contradicción existente entre los distintos artículos publicados y la radicalidad política de algunos, avalan lo que decimos. Su representante en España pudo conseguir, con rapidez, autorización real para publicarla, en castellano, a cargo del conocido editor Antonio de Sancha y con más de 300 suscriptores. La aparición en el primer volumen, en 1783, del famoso artículo de Masson de Morbillier, origen del más violento brote de la polémica de la ciencia española del setecientos, irritó el naciente nacionalismo hasta el punto de obligar a la Inquisición a tomar cartas en el asunto. El propio Aranda, embajador en París, se vio obligado a arduas gestiones diplomáticas cerca del rey de Francia para conseguir represalias contra el editor. Expurgadas por la Inquisición las páginas *improcedentes* de la nueva enciclopedia, pudo continuarse su difusión en castellano, no sin que este hecho devolviera algún poder e influencia a la reacción y contribuyera, como ha explicado Javier Herrero, al rearme ideológico del pensamiento reaccionario hispánico.

Los jesuitas
abandonan España
tras su expulsión

Melchor
de Macanaz



En 1788, un nuevo golpe inquisitorial arruinaría la empresa. *L'Encyclopédie methodique* llegaba a las librerías en un momento en que la objetividad científica que postulaba ya no iba a ser posible: las ideas por ella difundidas, ni eran tan diferentes, ni su cientifismo militante la apartaban sustancialmente de la anterior enciclopedia. Cuando la Inquisición retira ejemplares, sólo en las librerías madrileñas recupera más de 1.600 volúmenes. Ante el miedo a la *bestia revolucionaria*, como escribirían algunos ilustrados, se recupera a la Inquisición y un nuevo pacto entre la Corona y la Iglesia convierte en sospechosos a cuantos se habían destacado por sus convicciones avanzadas. Guinard ha mostrado cómo esta *caza de brujas* afectó a toda nuestra prensa periódica en torno a la última década del setecientos. La primera de la centuria siguiente mostrará la vitalidad y el enraizamiento de ese sano y hasta inofensivo espíritu enciclopédico de mediados del siglo XVIII. El desarrollo económico y técnico prosiguió, pero la derrota de Trafalgar ya anunciaba los avatares políticos futuros que determinarían la marcha lenta de nuestra evolución, incluso un parón que duraría

varias décadas. Sólo mucho más tarde, y bajo presupuestos distintos, se retomaría la profecía ilustrada, aquellas obsesiones que por muchos años han parecido ridículas en nuestros ilustrados.

Bibliografía

Avilés, M., y otros, *La instauración borbónica*, Madrid, EDAF, 1982. Barudio, G., *La época del absolutismo y la Ilustración*, Madrid, Siglo XXI, 1983. Domínguez Ortiz, A., *Hechos y figuras del siglo XVIII español*, Madrid, Siglo XXI, 1980. Droz, J., *Europa, restauración y revolución*, Madrid, Siglo XXI, 1983. Elorza, A., *La ideología liberal de la Ilustración española*, Madrid, 1970. García Regueiro, *Ilustración e intereses estamentales*, Madrid, Universidad Complutense, 1982. Herr, R., *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, 1964. Hufton, A., *Europa, privilegio y protesta*, Madrid, Siglo XXI, 1983. Lafarga, F., *Voltaire en España*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1982. Maravall, J. A., «Las tendencias de la reforma política en el siglo XVIII», en *Revista de Occidente*, número 52, Madrid, 1967. Mestre, A., *Despotismo e Ilustración en España*, Barcelona, Ariel, 1976. Palacio, V., *La España del siglo XVIII. El siglo de las reformas*, Madrid, UNED, 1978. Rudè, G., *La Europa revolucionaria*, Madrid, Siglo XXI, 1983. Sarrailh, J., *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1979. Voltes, P., *Carlos III y su tiempo*, Barcelona, Juventud, 1975.

Batalla de Trafalgar (por Justo Ruiz Luna)



Obra cumbre de la Ilustración

La *Enciclopedia* francesa, la «enciclopedia» por antonomasia es, probablemente, la obra más imponente del siglo de la Ilustración. Nacida en 1745 y pensada inicialmente como una simple traducción de los diccionarios de Chambers y Harris, la *Enciclopedia* sufriría un cambio total de orientación desde el momento mismo en que entraron a colaborar en ella Diderot y D'Alembert, quienes insistieron en la necesidad de ampliarla con trabajos inéditos y numerosos grabados. En junio de 1751 apareció el primer volumen suscitando una feroz oposición en algunos sectores de la sociedad francesa. La obra continuó su publicación en medio de fuertes polémicas, contenidas apenas por la protección de madame de Pompadour y, sobre todo, de Malesherbes, encargado de la censura y amigo de los filósofos. Cuando ya habían aparecido siete tomos, en 1759, se les retiró a los impresores la licencia de publicación, lo que no fue obstáculo para que éstos prosiguiesen su publicación clandestinamente hasta completar, en 1772, los diecisiete volúmenes de la obra (aparte de los tomos de grabados), vendidos, como siempre, por suscripción.

Tan magna empresa no fue sólo obra de Diderot y D'Alembert. En ella colaboraron *toda una sociedad de literatos y artistas, dispersos, ocupado cada cual de su parte, y unidos solamente por el interés general del género humano y por un sentimiento de recíproca benevolencia*, como explicaría Diderot en el artículo *Encyclopédie* de la propia obra. La extracción social y las ocupaciones de los enciclopedistas fueron muy variadas: nobles, magistrados, artistas, escritores, teólogos, artesanos, médicos... Pese a esta diversidad de colaboradores (J. Proust les denomina «burguesía enciclopedista»),

había algo que les unía: un «espíritu enciclopédico» basado en una fe ciega en la razón como fuente de progreso en todos los órdenes.

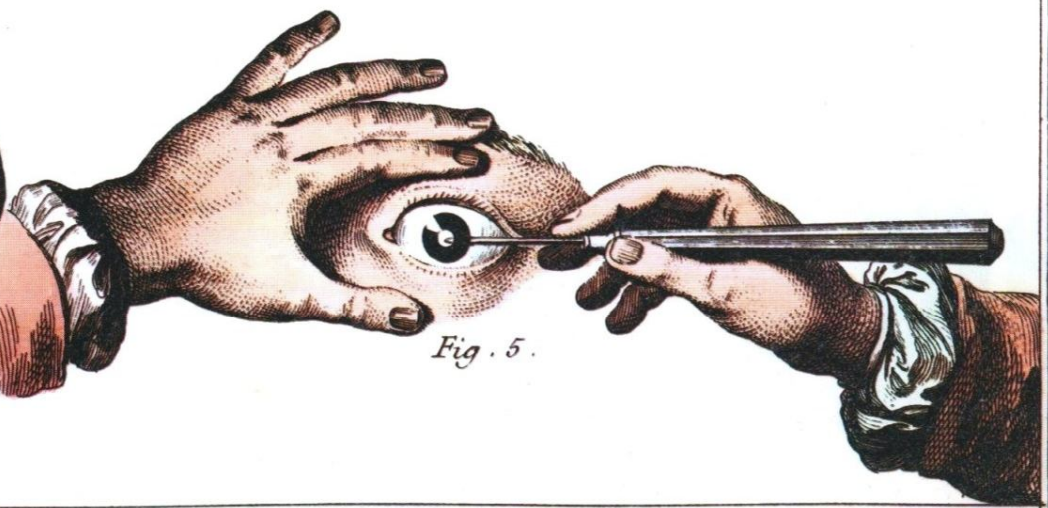
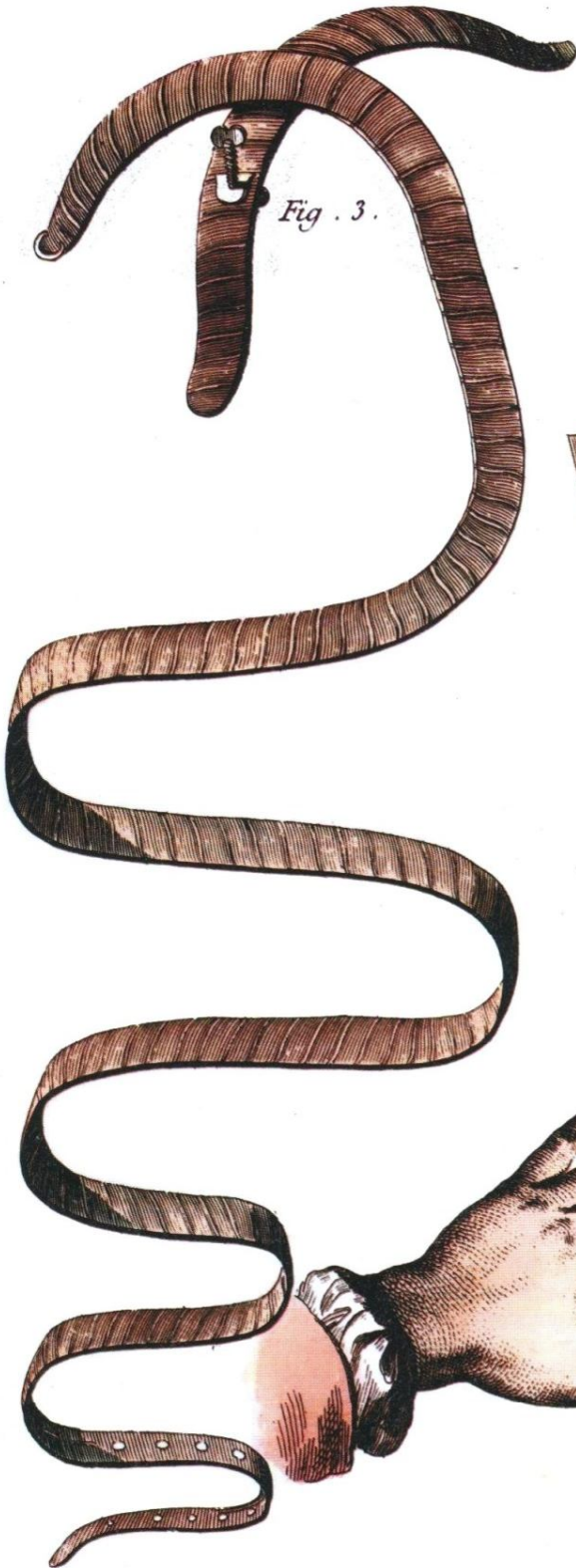
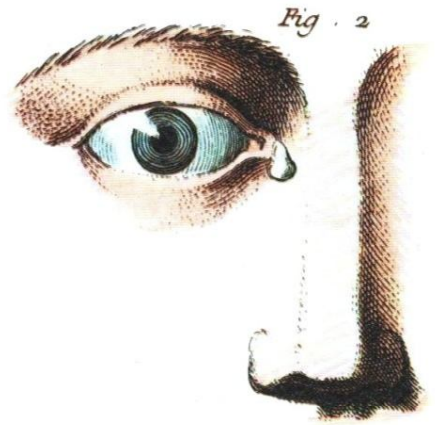
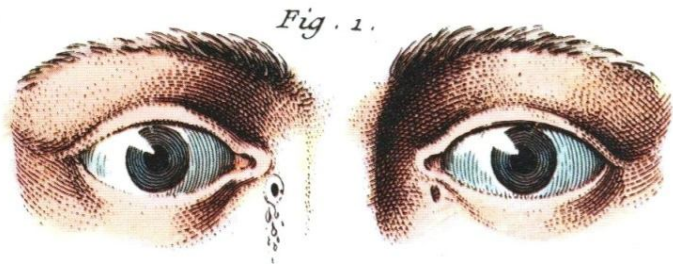
Los enciclopedistas trabajaron prácticamente sin limitaciones y puede decirse que esa libertad fue casi la única compensación a cambio de una escasa o nula remuneración económica. La variedad de colaboradores y la libertad en el trabajo se traduciría, como era de esperar, en resultado desigual, especialmente constatable en los volúmenes aparecidos en la clandestinidad. En 1768, el mismo Diderot confesaría que *no hubo tiempo de ser escrupulosos en la elección de los colaboradores. Junto a algunos hombres excelentes hubo otros flojos, mediocres e incluso malos*.

Si bien existen algunos artículos endebles, nadie puede negar en estos momentos la aportación decisiva de la *Enciclopedia* en el avance de las ciencias y del saber humano. D'Alembert colaboró con importantes trabajos dedicados a las ciencias exactas (*aritmética, álgebra, geometría, cálculo diferencial...*), definiendo cada ciencia y presentando sus grandes principios. Las ciencias experimentales, en cambio, llevan la huella de Diderot, quien también expresaría sus teorías políticas en artículos sobre la historia del derecho y de las instituciones. Voltaire, Montesquieu, Rousseau, D'Holbach y, en general, todos los grandes nombres de la época contribuyeron, a través de sus colaboraciones en la *Enciclopedia*, a un cambio decisivo en muchas parcelas de la ciencia.

Cuarenta dibujantes y grabadores, dirigidos por Diderot, se encargaron de ilustrar todo lo relacionado con las artes y los oficios, capítulo auténticamente novedoso y que el propio Diderot consideraba como el mejor de la *Enciclopedia*.

Paseo junto al estanque del Retiro, por José del Castillo





Protagonistas de la Enciclopedia



D'ALEMBERT

Jean Le Rond D'Alembert nació en París en el año 1717, hijo de unión irregular entre dos miembros de la nobleza media. Educado por una familia campesina, la aportación material paterna le permitiría realizar posteriormente estudios de medicina y derecho. Muy pronto, sin embargo, se dedicaría en profundidad al tratamiento de las matemáticas. Sus investigaciones realizadas sobre el cálculo integral harían posible su admisión, a la edad de veinticuatro años, en la Academia de Ciencias.

Entre los años 1743 y 1749 publica los resultados de sus investigaciones en física. Consagrado ya como una figura en esta ciencia, se convirtió en secretario perpetuo de la Academia Francesa en 1772. Por entonces, llevaba ya más de treinta años siendo el alma de la empresa de la *Enciclopedia*. Dentro de esta tarea realizada en común, su aportación incluiría trabajos de carácter científico, literario, artístico y filosófico, hasta un total aproximado de mil quinientos artículos. Murió en el año 1783.



DIDEROT

Denis Diderot nació en Langres en el año 1713. Colaborador de la *Enciclopedia* desde 1746, se convirtió al año siguiente en codirector de la misma junto con D'Alembert. Tras la retirada de éste en 1758, dirigió la publicación en solitario, supervisando directamente la aparición de los últimos diez volúmenes.

Al mismo tiempo, aportaba a la empresa común su trabajo personal, plasmado en una cantidad superior a los cinco mil quinientos artículos localizados como producción estrictamente suya, a los que añadir más de un centenar que publicó de forma anónima.

Su producción se encuentra entre las partes integrantes de la obra colectiva que mayor importancia poseen en conjunto y que más difusión han tenido entre los lectores. Diderot fue de hecho el gran difusor de la obra realizada por los enciclopedistas. Murió en París en 1784.



MALESHERBES

Chrétien-Guillaume de Lamoignon de Malesherbes nació en París en el año 1721, en el seno de una familia perteneciente a la alta magistratura, profesión que él mismo ejercería tras la realización de sus estudios. Consejero parlamentario, se convirtió en director de la Biblioteca Nacional en 1751. Desde este puesto habría de manifestar la amplia tolerancia de espíritu que poseía. En esta línea de actuación, protegió de forma muy activa a los hombres de la *Enciclopedia* en contra de todos los opositores a la continuación de la empresa.

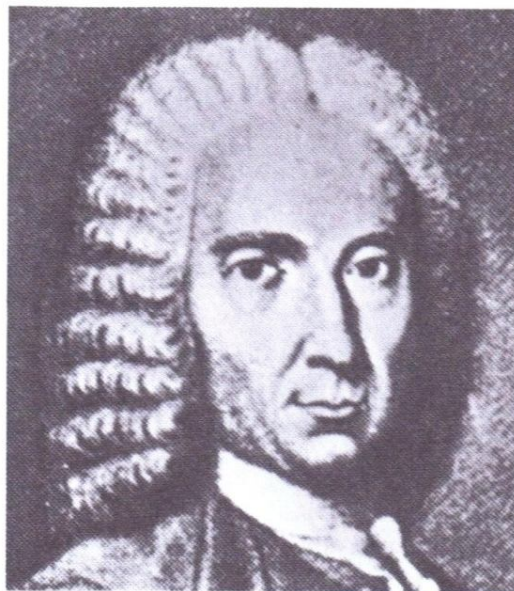
Partidario de una liberalización política y una reforma fiscal, se verá obligado en varias ocasiones a tomar el camino del exilio. Tras su regreso definitivo a Francia, es nombrado Ministro de Estado en el año 1787. Defensor de los derechos de las minorías étnicas y religiosas, apoyará a la persona de Luis XVI durante el juicio a que le somete el poder revolucionario. Arrestado a su vez, murió en la guillotina en el año 1794.

MONTESQUIEU

Charles de Secondat de Montesquieu nació en el castillo de la Brède en el año 1703, miembro de una familia perteneciente a la nobleza provinciana. A partir de 1753 comienza su colaboración con los trabajos de los enciclopedistas, merced a su relación personal con D'Alembert.

Negándose sistemáticamente a tratar sobre los temas de carácter político que le son propuestos, hará importantes aportaciones de carácter filosófico acerca de las que llevaba largo tiempo investigando.

Su participación en esta obra colectiva tendría una duración especialmente breve en el tiempo, ya que su muerte —ocurrida en el año 1755— le impediría incluso terminar la redacción de algunos de los artículos que le ocupaban en aquel momento. Dentro del grupo enciclopedista, cabe destacar su estrecha relación con Diderot.

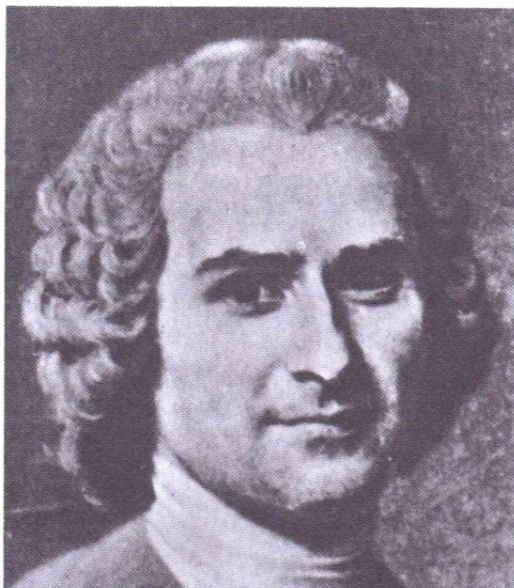


ROUSSEAU

Jean-Jacques Rousseau nació en la ciudad suiza de Ginebra en el año 1712. Establecido su contacto con los redactores de la *Enciclopedia* en el año 1748, fue encargado por Diderot de la elaboración de los artículos referidos a temas musicales.

Artículos que más tarde refundiría en un diccionario de la música publicado en el año 1755. En 1758, Rousseau rompió todas sus relaciones con los enciclopedistas de forma pública, mediante el envío de una carta abierta dirigida a D'Alembert.

Con todo, sus artículos seguirían viéndose publicados hasta el volumen XVII. Aportó a la obra de la *Enciclopedia* una suma total de más de cuatrocientos artículos sobre música, además de uno específicamente dedicado a temas de carácter económico.



VOLTAIRE

François-Marie Arouet nació en París en el año 1694, en el seno de una acomodada familia de magistrados. Alumno de los jesuitas, su peripecia vital le llevaría en ocasiones al cautiverio y al destierro. En el año 1718 adoptó el seudónimo de *Voltaire*, con el que sería conocido a partir de entonces. Autor prolífico tanto de obras filosóficas como científicas y literarias, se convertiría pronto en la más controvertida figura del mundo intelectual de su época.

A instancias de D'Alembert colabora en la obra de la *Enciclopedia* y a partir de ese momento, e instalado en territorio suizo, se alzaría como divulgador polemista y destacado puntal de la empresa colectiva. Gran parte de la expansión que en su momento de redacción y posteriormente al mismo tendría la obra enciclopédica vendría decidida por la actuación personal de Voltaire. Erigido en duro crítico de la sociedad de su tiempo y en impulsor de un reformismo que se manifestaba necesario, murió en París en el año 1778.



**Mañana,
alrededor del teléfono,
algo maravilloso
va a ocurrir.**



Telefónica